

Foll.
Jm

8

República Argentina
Ministerio de
Cultura y Educación

*Unidad Nacional
y Transformación
Educativa*

Serie Pensamiento Fundamental

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA

Paraguay 1657 - 1er Piso

1062 Capital Federal - República Argentina

Nº 1

Dto. de DOCUMENTACION	
Fecha	8/10/91
Remitente	Arg
Intervino	JWR

Foll.

3

INV	001399
Foll: 042/8	
LIS	8

03205

CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACION EDUCATIVA

Paraguay 1657 - 1er Piso

1062 Capital Federal - República Argentina

Gobierno Menem:
Unidad Nacional
y
Transformación Educativa

GOBIERNO DE UNIDAD NACIONAL:

1 — PATRIMONIO DE TODOS LOS ARGENTINOS
(8 de Julio de 1989)

POLITICA EDUCATIVA, REVOLUCION PRODUCTIVA
2 — Y TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES
(2 de Agosto de 1989)

UNIVERSIDAD INSERTA EN EL SISTEMA EDUCATIVO
3 — Y EN LA SOCIEDAD NACIONAL
(9 de Agosto de 1989)

REPATRIACION DE LOS RESTOS DEL BRIGADIER
4 — GENERAL DON JUAN MANUEL DE ROSAS
(30 de Setiembre de 1989)

MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

Presidente de la Nación
Dr. CARLOS SAUL MENEM

Ministro de Educación y Justicia
Prof. ANTONIO FRANCISCO SALONIA

Subsecretario de Educación
Dr. LUIS ANTONIO BARRY

Subsecretario de Coordinación Educacional,
Científica y Cultural
Dr. HORACIO GUIBELALDE

PRESENTACION

"Para lograr la Unidad Nacional lo primero es pensar con sentido nacional. En la República Argentina, lo menos que existe es el concepto argentino, tal vez porque estamos formados por muchos pueblos, porque se han mezclado muchas tendencias, muchas ideologías.

La Unidad Nacional no está lograda en la Argentina. Ella ha de partir de la escuela (...) sólo el maestro puede hacerla con sentido integral".

Gral. JUAN D. PERON

Mayo de 1948

Discurso de inauguración

Año lectivo

A la luz de la situación actual, las palabras del General Perón, cobran plena actualidad. Nuestra Patria vive momentos decisivos. La crisis que atraviesa, tal vez la más grave de su historia, deberá convertirse en el impulso definitivo hacia el porvenir: el futuro que seremos capaces de construir, con sacrificio, trabajo y esperanza.

La primera instancia en esta hora crítica es la unidad nacional, suprema aspiración y premisa básica de la tarea constructiva.

Es este un tiempo fundacional. Así señala el Presidente Menem en su discurso a la Asamblea Legislativa, "se terminó definitivamente el país de todos contra todos". Comienza el país del "todos junto a todos". Llegó el momento de "construir sobre nuestras coincidencias".

Los hechos van concretando las palabras.

Acabamos de vivir el histórico momento de la repatriación de los restos del Brigadier Juan Manuel de Rosas, gesto augural de reconciliación nacional, donde hemos dicho "adiós al país del fracaso, de los mitos, de las falsas ilusiones... la historia tiene que ser auténtica muestra de la vida".

Es posible aprender del pasado si logramos recuperar estos hechos desde una perspectiva totalizadora, superando las interpretaciones parciales.

Encaremos la tarea de estos días inaugurales, reconociendo los errores comunes, los desencuentros repetidos, la responsabilidad que nos cabe a todos los argentinos, sin exclusiones.

La escuela tiene en esta tarea un lugar de privilegio.

Decía el Gral. Perón en 1944: "El pasado pertenece a nuestra historia y a nuestros héroes, el presente tenemos la grave responsabilidad de tenerlo en nuestras manos; pero el futuro, que es lo más valioso porque es la esperanza de la Patria, ése es de los maestros, que amasan y forjan d'ariamente en las escuelas los hombres del mañana, de quienes depende la grandeza de la nacionalidad y de la Patria".

No es casual que en estos últimos años, acompañando este proceso general de decadencia económica, social, cultural y espiritual la escuela encerrada en sí misma, haya perdido progresivamente sus funciones educativas y se haya desdibujado el rol del docente.

Es esto lo que tenemos que recibir si deseamos como educadores aceptar el desafío del momento y sumar nuestro esfuerzo a la transformación nacional. Como dice el señor Ministro de Educación y Justicia, Prof. Antonio Salonia: "Las instituciones educativas deberán ser flexibles y receptivas para operar funcionalmente en el proceso de su inserción en la comunidad y adaptarse a los cambios exigidos por el entorno con capacidad de evolución y con inteligencia para ajustar constantemente el rumbo" . . . "Por ahora corresponde desbrozar el terreno, aventar prejuicios, sembrar modernos criterios de administración escolar y depurar las estructuras formales, envejecidas y estáticas, de todas las instituciones educativas".

Habrà que luchar con aquellos que quieren y crean en la escuela y que vuelquen sus aptitudes y principios al servicio de su auténtica transformación.

Hemos querido destacar la vigencia de los mensajes que se reúnen en esta publicación. Exhortan con lenguaje sereno —pleno de urgencia— al esfuerzo común para la consolidación de la unidad nacional basada en la genuina solidaridad de todos los sectores comunitarios. Sobre esta premisa básica construiremos un nuevo país, con auténtica vocación nacional, continental y universalista y haremos realidad el legado histórico de nuestra Nación.

Buenos Aires, noviembre de 1989.

- 1. Discurso del Sr. Presidente de la Nación
Dr. Carlos Saúl MENEM, pronunciado ante
la Honorable Asamblea Legislativa el día
8 de julio de 1989.**

Honorable Congreso de la Nación.

Excelentísimos señores jefes de Estado.

Hermanas y hermanos de todas las naciones.

Pueblo de mi patria:

Quiero inaugurar este momento trascendental que vivimos, con un pedido, con un ruego, con una convocatoria.

Quiero que mis iniciales palabras como presidente de los argentinos, sean una elevación al cielo, a nuestras mejores fuerzas, a nuestra más vital esperanza.

Ante la mirada de Dios y ante el testimonio de la historia, yo quiero proclamar:

Argentina, levántate y anda.

Argentinos, de pie para terminar con nuestra crisis.

Argentinos, con el corazón abierto para unir voluntades.

Hermanas y hermanos, con una sola voz para decirle al mundo: "Se levanta a la faz de la tierra, una nueva y gloriosa nación".

Este gobierno de unidad nacional que hoy nace, parte de una premisa básica, de una realidad que debemos admitir, para ser capaces de superar: todos, en mayor o menor medida, somos responsables y copartícipes de este fracaso argentino.

Y entre todos, sólo entre todos, seremos artífices de un cambio a fondo y de una transformación positiva.

Sobre estas ruinas, construiremos todos juntos el hogar que nos merecemos.

Sobre este país quebrado, levantaremos una patria nueva, para nosotros y para nuestros hijos.

Sobre esta crisis que nos paraliza y nos carcome, sacaremos coraje para sentirnos orgullosos y seguros de nuestro destino.

A cada trabajador, a cada joven, a cada empresario, a cada mujer, a cada jubilado, a cada militar, a cada niño, yo le digo: hay un lugar vacante desde el cual se construye el porvenir.

Y ese lugar nos está esperando.

Hay que decir la verdad, de una vez por todas.

La Argentina está rota.

En esta hora histórica, comienza su reconstrucción.

Yo proclamo solemnemente ante mi pueblo, que a partir de este momento se inicia el tiempo del reencuentro entre todos los argentinos. El tiempo de una gran reconquista nacional. Hombre a hombre, metro a metro, pedazo a pedazo, comunidad a comunidad, institución a institución, alma a alma. Pueblo a pueblo.

Se terminó el país del "todos contra todos". Comienza el país del "todos junto a todos".

Por eso, al hablar ante el Honorable Congreso y ante la expectativa del mundo, deseo que mi voz llegue a cada casa, que habite en cada corazón, que comparta cada mesa, que abrace a todos y cada uno de los argentinos, que en estas horas viven instancias difíciles, dramáticas, decisivas y fundacionales como nunca.

Yo no traigo en mis palabras promesas fáciles ni inmediatas.

Yo no traigo el simplismo de la demagogia.

Yo no traigo la simulación ni el engaño.

Yo llego con la realidad sobre mis espaldas, que siempre es la única verdad.

Sólo puedo ofrecerle a mi pueblo: sacrificio, trabajo y esperanza. Sacrificio, trabajo y esperanza.

Sólo puedo asegurarle que seré el primer argentino a la hora de la austeridad, de poner el hombro, de apretar los dientes, del esfuerzo. Del esfuerzo de todos y no de unos pocos.

No existe otra manera de decirlo: el país está quebrado, devastado, destruido, arrasado.

El legado que estamos recibiendo es el de una brasa ardiendo entre las manos. El de una realidad que quema, que lastera, que mortifica, que acosa, que urge solucionar.

La inflación llega a límites escalofriantes. La cultura de la especulación devora nuestro trabajo. La producción es hoy más

baja que en 1970, la tasa de inversión es negativa. La educación es un lujo al que pocos acceden. La vivienda, apenas una utopía de tiempos pasados. El hambre, moneda corriente para millones de compatriotas. El desempleo, una enfermedad que se cierne sobre cada vez más amplios sectores de nuestra comunidad.

El dolor, la violencia, el analfabetismo y la marginalidad, golpean a la puerta de nueve millones de argentinos. De nueve millones de hermanos, que hoy no pueden ni tan siquiera nutrirse correctamente, vestirse, aprender, conocer la dignidad. De nueve millones de voluntades que están quebradas, frente a un país que ha visto descender dramáticamente su nivel general de vida.

Esta es la evidencia, señores. Este es el cuadro de situación.

Sin embargo, no pretendo que mi primer mensaje como presidente de todos los argentinos, sea un mensaje de lamentos, de quejas, de resignación.

Mis iniciales palabras no pretenden ser una lágrima derramada sobre la Argentina de ayer. Sueñan con llegar a ser un canto de optimismo sobre la Argentina de mañana.

No son un lamento sobre lo que pudo haber sido y no es. Son un llamado a la imaginación, al trabajo creativo, a la ilusión puesta en el porvenir y no en el pasado. Ahora, cuando todos me escuchan, yo podría detenerme a enumerar en detalle cada uno de nuestros dramas, de nuestras carencias, de nuestras estadísticas vergonzantes. Yo podría elevar dedos acusadores, transformarme en fiscal de un fracaso político, erigirme en censor de una historia de decadencia.

Podría apelar a cifras que marcan el increíble deterioro de nuestra situación nacional.

Pero sería redundante. Sería inútil. Sería inoportuno. Mis palabras estarían de más.

Porque cada uno de los argentinos conoce perfectamente hasta dónde ha llegado esta crisis, que todo lo derrota y que todo lo destruye.

Porque toda la ciudadanía sabe que no miento, si afirmo que estamos viviendo una crisis dolorosa y larga. La peor. La más profunda. La más terminal. La más terrible de todas las crisis de las cuales tengamos memoria.

Por eso, esta crisis no es una excusa. Esta crisis es una oportunidad. Esta crisis es un desafío.

Por eso, no les vengo a hablar de tiempos perdidos. Los vengo a convocar para el nacimiento de un nuevo tiempo. De una nueva oportunidad. Tal vez la última. Tal vez la más importante, decisiva y clave oportunidad de nuestros días.

El país más hermoso es el que todavía no construimos.

El día más glorioso es el que todavía no amaneció.

El futuro más promisorio no es lo que va a ocurrir. Es lo que vamos a ser capaces de construir. Todos juntos. Todos unidos.

Este es el desafío ante el cual venimos a responder los argentinos.

El desafío de poder transformar esta crisis en un escenario fértil.

Este es el momento de aplicar la reflexión y la imaginación. Es el momento de la idea, pero también es el tiempo de la creación y del atrevimiento.

Es la hora de eliminar lo caduco y dar la bienvenida a lo que nace.

Es el momento de la audacia creativa, de la innovación, del coraje.

El pueblo argentino eligió el camino de la democracia con sentido social.

Optó por la libertad y la justicia. Por la paz y el desarrollo.

El pueblo argentino se decidió por la transformación de nuestra decadencia. Por la superación de nuestros mezquinos desencuentros. Por el esfuerzo colectivo.

El pueblo argentino votó por la epopeya de la unidad nacional.

Por eso, nuestro gobierno es un gobierno de unidad nacional.

Para nosotros, la unidad nacional no se consolida detrás de proyectos hegemónicos, ni de actitudes paternalistas, ni de arrebatos pasionales, ni de emociones pasajeras.

El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no puede depender del mandato de un hombre, del capricho de un partido, de la imposición de un sector.

El gobierno de unidad nacional es propiedad de todos los argentinos. Nadie puede sentirse indiferente. Nadie puede sentirse no convocado.

Si la Argentina no está donde debe estar, no es por culpa del país sino por responsabilidad de los argentinos. De nuestras divisiones, de nuestros lastres históricos, de nuestros prejuicios ideológicos, de nuestros sectarismos.

Hemos sido incapaces para formular un balance honesto de los triunfos y fracasos del país. De sus debilidades y fortalezas. De sus errores y de sus éxitos.

Esa es la primera lección que ya hemos aprendido, entre todos juntos. Porque se acabó en el país el tiempo del peor de los subdesarrollos. El subdesarrollo de considerar como un enemigo al que piensa distinto.

Se murió el país donde impera la ley de la selva. Se acabó el país oficial y el país sumergido. Se acabó el país visible y el país real.

Yo vengo a unir a esas dos Argentinas. Vengo a luchar por el reencuentro de esas dos patrias.

Yo no aspiro a ser el presidente de una fracción, de un grupo, de un sector, de una expresión política. No deseo ser el presidente de una nueva frustración. Yo quiero ser el presidente de una Argentina unida, que avance a pesar de las discrepancias.

Yo quiero ser el presidente de la Argentina de Rosas y de Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Angel Vicente Peñaloza y Juan Bautista Alberdi, de Pellegrini y de Yrigoyen, de Perón y de Balbín.

Yo quiero ser el presidente de un reencuentro, en lugar de transformarme en el líder de una nueva división entre hermanos.

De ahí que haya asumido la firme convicción de convocar a hombres del más variado pensamiento nacional, para integrar mi gobierno.

Porque creemos que la Nación se afirma sobre una identidad común. Y porque estamos convencidos de que ha llegado el momento de construir sobre nuestras coincidencias, en lugar de destruir sobre nuestras discrepancias.

Algún día, desde lo más profundo de mi calabozo, desde lo más sufrido de mis torturas, desde lo más ingrato de mi cárcel, yo le pedí al Altísimo la necesidad de soñar con este momento.

Le pedí extender la mano abierta a mis adversarios, antes que cerrar el puño frente a un enemigo. Le pedí sabiduría para tender puentes de unión, antes que pasión para levantar paredes de discordia.

Hoy, siento que aquel ruego comienza a cumplirse.

Este gobierno es un gobierno de genuina unidad nacional. No es un gobierno de amiguismos. No es un gobierno de acomodaticios. No es un gobierno transformado en una sede partidaria.

Es un gobierno que ha convocado ampliamente a todos los sectores. Es un gobierno que pretende buscar lo mejor de cada uno, su aporte más constructivo y eficaz. Porque hay que romper el pacto infame de convivir con el egoísmo.

Porque hay que pensar alto, sentir hondo y hablar claro.

No vamos a administrar la decadencia. Vamos a pulverizar esta crisis.

No vamos a transar con la mediocridad. Vamos a hacer un culto de la excelencia.

A veces se necesita audacia para proclamar una idea. Pero se necesita mucha más valentía para estar dispuesto a escuchar una idea que no sea propia. La apuesta es difícil, lo sé, pero también estoy absolutamente convencido de que sin unidad nacional no hay posibilidad alguna de despegue.

Nuestro futuro común no existe todavía. Pero sí existe nuestro presente. Y desde este presente es que se impone la necesidad de estrechar filas, sumar voluntades y elevar nuestros objetivos hacia un destino de grandeza.

Porque Argentina sin grandeza no puede ser realmente Argentina. Porque una Nación sin todos sus sectores conjugados en un verdadero trabajo colectivo no es realmente una Nación.

Lo sé muy bien: muchos compañeros hoy manifiestan asombro ante esta generosa convocatoria que hemos formulado en todos los niveles de nuestra comunidad.

A todos ellos les digo: unidad no significa uniformidad. Unidad no significa obsecuencia. Unidad no significa confusión.

Formulamos este llamado a las demás expresiones políticas y partidarias, desde una clara identidad. No somos soberbios, porque la soberbia es un lujo que sólo pueden darse los necios. No somos ingenuos, pero tampoco somos obsecados.

A la Argentina la sanamos entre todos los argentinos o la Argentina se muere. Se muere.

Esta es la cruel opción.

Por eso no vamos a perder tiempo para concretar la reconciliación de todos los argentinos.

Lo pediré una y mil veces. Lo repetiré. Si es necesario lo exhortaré hasta el cansancio. Lo diré casa por casa, familia por familia, sector por sector, hogar por hogar.

Ha llegado la hora de que cada argentino tienda su mano al hermano, para hacer una cadena más fuerte que el rencor, que la discordia, que el resentimiento, que el dolor, que la muerte, que el pasado.

Ha llegado la hora de un gesto de pacificación, de amor, de patriotismo. Tras seis años de vida democrática no hemos logrado superar los crueles enfrentamientos que nos dividieron hace más de una década.

A esto yo le digo basta. A esto el pueblo argentino le dice basta, porque quiere mirar hacia adelante, con la seguridad de estar ganándose el futuro, en lugar de sepultarse en el ayer.

Entre todos los argentinos vamos a encontrar una solución definitiva y terminante para las heridas que aún faltan cicatrizar. No vamos a agitar los fantasmas de la lucha. Vamos a serenar los espíritus.

Vamos a decirle que jamás se alimentará un enfrentamiento entre civiles y militares, sencillamente porque ambos conforman y nutren la esencia del pueblo argentino.

Nuestra política de unidad nacional no tan sólo se agotará con dar vuelta esta página dolorosa. Creemos firmemente que no puede existir una real unidad sin justicia. Por eso vamos a impulsar la adhesión a un pacto federal y un pacto político, que tendrán que ser elementos fundadores de un nuevo estilo de organización política y social.

De una organización donde no existan ciudadanos, ni ciudades, ni provincias de segunda categoría. De una organización donde tenga tanta dignidad un niño nacido en La Quiaca, como en la Patagonia o en la Capital Federal.

El país nos está pidiendo a gritos que nutramos a esta democracia de eficacia, de desarrollo, de bienestar. Como justicialistas, no tendríamos perdón si continuásemos confundiendo a la República con el idioma de nuestros viejos errores.

Rescatar esta verdad significa levantar nuestras más preciadas banderas. Con la firmeza necesaria como para no renunciar a nuestras más íntimas convicciones. Pero también con la humildad suficiente, porque en política nadie es dueño de la razón absoluta.

Por eso, en lugar de buscar lo que nos separa, preferimos pensar en lo que nos une.

Creemos en la justicia social, la soberanía política y la independencia económica.

¿Qué argentino no comparte estos postulados? ¿Cuántos compatriotas no rescatan estas esencias?

Pero también creemos en imprescindibles actualizaciones, y en el enriquecimiento de ideas nuevas y de iniciativas creadoras.

Para nosotros, la justicia social pasa hoy por la eliminación de todo tipo de privilegio. Del privilegio de la impunidad, del privilegio de las prebendas estatales, del privilegio de la burocracia, del privilegio de la especulación, del privilegio de la falta de competencia.

Así como no puede existir nación sin esperanza, tampoco puede existir verdadera democracia con exclusiones.

Los marginados del saber, de la dignidad, de la cultura, del trabajo, de la vivienda, de la salud y del bienestar, nos están marcando nuestra primera y gran responsabilidad. La de conjugar a esta democracia con la libertad y la justicia, con el pan y la paz, con las obras y la producción.

La justicia social pasa por no distribuir pobreza. Por no igualar hacia abajo. La justicia social pasa por no perpetuar nuestra declinación. La revolución productiva, que hemos proclamado a lo largo y a lo ancho de todo el país, tiene un corazón, una idea central, una esencia: terminar con una Argentina a la cual le está prohibido trabajar.

Para el cumplimiento de este objetivo nacional, resulta imprescindible encarar una serie de medidas firmes y decididas que pongan fin a la era de la especulación en la República.

De ahí que la justicia social, en una primera etapa, comenzará a consolidarse a partir de la asunción de una realidad terminante. Vivimos en una economía de emergencia. Estamos en una auténtica situación de emergencia económica y social.

Y es bueno que el país lo sepa con crudeza: de esta tragedia nacional no vamos a poder salir sin realizar un esfuerzo. Un esfuerzo que será equitativo, pero que abarcará a todos y cada uno de los sectores sociales.

Nadie como el justicialismo tiene autoridad y legitimidad para asumir una política de este tipo.

Nuestro pueblo sabe que si hoy este gobierno le pide un sacrificio es para obtener una recompensa, un resultado concreto, una mejora tangible en su situación de vida.

Este es el horizonte que no estamos dispuestos a traicionar.

Tenemos el deber patriótico de decirlo, de advertirlo, de anticiparlo: los resultados no serán todo lo urgente y rápido que nosotros deseamos. Pero también tenemos el coraje para asumir un juramento ante la conciencia de nuestra gente: vamos a avanzar en el rumbo correcto, vamos a caminar de la mano de los más humildes y más desposeídos, vamos a poner la economía al servicio de la dignidad del hombre argentino.

Entiéndase bien: la primera y fundamental batalla que deberá ganar esta economía de emergencia es la batalla contra la hiperinflación. El principal enemigo contra la justicia social es la hiperinflación, que devora salarios y bienestar en millones de hogares argentinos.

Este ataque frontal que nos proponemos requiere el apoyo decidido y comprometido de la dirigencia política, empresarial y gremial, para que respalden nuestra acción y para que la confrontación sectorial no termine aniquilando la totalidad del aparato productivo.

Sería un hipócrita si lo negara. Esta economía de emergencia va a vivir una primera instancia de ajuste. De ajuste duro. De ajuste costoso. De ajuste severo.

Pero la economía argentina está con la soga al cuello, y ya no queda lugar para los titubeos.

La justicia social, para nosotros, se va a conjugar con un solo verbo: producir, producir y producir.

La justicia social va a establecer un sistema con reglas claras, con necesarios premios y castigos, y con las reformas de fondo que el país reclama.

Al desatar este nudo perverso del vértigo inflacionario vamos a poder encaminarnos por la senda de la reactivación.

Que quede bien en claro: en la Argentina quedan abolidos, a partir de hoy, los privilegios de cualquier signo. Así como en 1813 los fundadores de la patria nos libraron de la esclavitud, hoy venimos también a librarnos del privilegio.

Desde el Estado nacional vamos a dar el ejemplo, a través de una cirugía mayor, que va a extirpar de raíz males que son ancestrales e intolerables.

Porque creemos en la justicia social vamos a poner al Estado nacional al servicio de todo el pueblo argentino.

Vamos a sentar las bases de un Estado para la defensa nacional, y no para la defensa del delito o de la coima.

Vamos a refundar un Estado para el servicio del pueblo, y no para el servicio de las burocracias que siempre encuentran un problema para cada solución.

La eficacia social, la participación de toda la ciudadanía, la sana administración, el protagonismo del usuario y la anulación de toda clase de feudo, serán instrumentos vitales para transformar a nuestro Estado.

Un Estado que agoniza como esclavo de unos pocos, en lugar de paliar las necesidades de quienes más sufren.

Y como la causa de la justicia social también es la causa del más puro federalismo, vengo a anunciar que asumiremos una resuelta política de descentralización administrativa.

Todo aquello que puedan hacer por sí solos los particulares no lo hará el Estado nacional.

Todo aquello que puedan hacer las provincias autónomamente no lo hará el Estado nacional.

Todo aquello que puedan hacer los municipios no lo hará el Estado nacional. En esta auténtica cruzada que inauguro hoy, en pos de la reconquista definitiva del sector estatal, quiero convocar muy especialmente a todos los trabajadores. Deseo que sepan que estas reformas son, antes que nada, a favor de los más humildes. De sus mejores oportunidades de trabajo. De su dignidad personal y realización. De su protagonismo en la vida del país. Ellos serán la columna vertebral de este cambio. Sencillamente porque este cambio tendrá un principal beneficiario: el propio trabajador.

El pueblo argentino tiene una cita con la historia. Para responder a ese llamado vamos a tener que hacer un esfuerzo conmovedor, que comenzará en esta reestructuración de nuestro Estado nacional. Ella no se agotará en sí misma, sino que será un paradigma claro, con implicancias en el resto de toda la comunidad.

Seremos pragmáticos, sin hacer del pragmatismo una ideología. Seremos prácticos, sin hacer del realismo un dogma. Seremos sensatos, sin olvidar que el desarrollo es el verdadero nombre de la paz.

Honorable Congreso:

Una economía de emergencia también será una economía que castigue severamente la evasión impositiva.

Lo afirmo con énfasis, para que nadie se llame a engaño. Así como vamos a ser generosos y amplios para convocar al capital extranjero y nacional, para que se incorpore en las mejores condiciones en esta nueva etapa nacional, también vamos a ser inflexibles con el delito de evasión fiscal.

Señores, créanme: vamos a terminar con el crimen de quienes le roban al fisco, de quienes nos roban a todos nosotros.

Cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

El mundo entero también va a tener una muestra de amplitud, de reglas de juego claras y transparentes, para recibir al capital que llegue con fines productivos.

Para este gobierno, el verdadero nacionalismo es el nacionalismo del crecimiento, de la riqueza, de la producción.

Porque somos profundamente nacionales en la concepción de nuestra economía, consideramos que no puede haber realización alguna en el marco del empobrecimiento, del atraso, del retroceso y del aislamiento internacional.

Las políticas en materia de exportaciones, de comercio exterior y de inversiones van a estar orientadas a un mismo fin. Sentar las bases de un desarrollo perdurable y de un crecimiento genuino.

Como todos sabemos y sufrimos, la deuda externa, imprudentemente contraída durante más de una década, significa una pesada carga para el pueblo argentino.

Pero constituye, además, un compromiso de honor para la República, tal como tantas veces lo reafirmara el general Perón.

Por eso, será atendida por mi gobierno, con la colaboración de los acreedores, y con la aprobación de vuestra honorabilidad.

Vamos a requerir fórmulas flexibles de negociación, y un compás de espera, para terminar con los déficit, equilibrar las finanzas y poner en marcha la revolución productiva que nos permitirá exportar más, generando así las condiciones necesarias para cumplir con nuestras obligaciones.

Asimismo, facilitaremos el retorno y la movilización del ahorro argentino, hoy atesorado en el país o colocado en el exterior.

En definitiva, vamos a respetar los compromisos contraídos, pero también vamos a reclamar comprensión, solidaridad y prudencia. porque en el mundo de hoy, con su enorme interdependencia, no existen problemas aislados o reducidos a un grupo de naciones.

Como ya lo estamos demostrando, no le tenemos absolutamente ningún miedo a las audacias creadoras, a las sanas rebeldías, a las transformaciones mentales y políticas, capaces de poner a la Argentina de pie y sacarla de esquemas hoy superados por la marcha de un mundo en constante evolución.

Hermanos de todas las naciones:

En este tiempo fundacional, la independencia económica significa para este gobierno la derrota de nuestro estancamiento, la victoria de la producción, el triunfo del desarrollo.

La independencia económica es desenterrar petróleo, extraer minerales, incrementar nuestras exportaciones, comerciar de igual a igual con el resto del mundo, afirmar un espacio de decisión autónomo, transformar la voluntad del país en acción.

Como diría Eduardo Mallea, uno de nuestros grandes pensadores, la Argentina fue hasta ayer "un desierto de palabras".

Yo les aseguro que, a partir de este instante, la Argentina inicia la independencia de la retórica, del inmovilismo, de la insensatez. Vamos a hablar con los hechos, y no tan sólo con los discursos.

Por eso, para este gobierno de unidad nacional la soberanía política significa transformar a cada argentino en presidente de su destino, en lugar de convertirlo en un esclavo del pesimismo y la resignación.

La soberanía pasa por la liberación de todos los recursos y potencialidades del país. Por una auténtica explosión de iniciativas individuales y comunitarias, en el marco de un país que ofrezca oportunidades para todos.

La soberanía pasa por la participación de todo argentino en la construcción del país. La primera y la más esencial revolución nace en el interior de cada hombre y cada mujer. Parte de una gran mística nacional, capaz de poner en movimiento nuestras vitales energías como pueblo.

Nosotros le decimos no a la soberanía del hambre, no a la soberanía del analfabetismo. No a la soberanía de la enfermedad.

Y al decir no, también estamos diciendo sí.

Estamos diciendo sí a una soberanía constructiva, que nos integre al mundo con más oportunidades que riesgos, con más beneficios que amenazas, con más ilusiones que recelos.

Por eso, no vamos a reconocer ningún tipo de frontera ideológica para el manejo de nuestra política exterior. Para esta administración, las únicas fronteras serán las que marcan la paz y la fraternidad de las naciones, la autodeterminación de los pueblos y la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados.

Hoy le estamos poniendo punto final a los ideologismos que tanto nos relegaron, marginándonos de inmensas posibilidades de progreso en el plano internacional.

El mundo está alcanzando inéditos niveles en la distensión y cooperación entre las naciones de distinto signo político. El mundo está convocando a la Argentina para cumplir con el protagonismo que nuestra mejor tradición histórica nos traza, y que nuestras necesidades de desarrollo e integración nos mandan.

Esta inserción, naturalmente, tendrá como prioridad los países hermanos de América latina.

No podría ser de otra manera.

Queremos la unidad nacional en lo interno. Y queremos la unidad latinoamericana, con proyección continental.

Ser soberano no es aislarse. Ser soberano es abrirse generosamente hacia los hermanos de nuestra patria grande. Por eso, seguiremos consolidando y ampliando los acuerdos logrados en todos los campos, para que nuestros principios doctrinarios se materialicen en realizaciones concretas, que lleven a un nivel de vida digno a todos los latinoamericanos.

Estoy convencido que también en este ámbito la opción es: ahora o nunca. Allí están las miradas de nuestros padres, para guiarnos y para hacernos más sabios. Allí están San Martín, Bolívar, Artigas, Perón y tantos otros, diciéndonos que nuestras comunes fronteras deben ser puentes de unión, por los cuales circulen compatriotas y bienes que fortalezcan nuestra hermandad y nuestro progreso.

Como ciudadano latinoamericano, quiero afirmar que la soberanía no puede realizarse sobre ninguna forma de colonialismo, sobre ningún modo de humillación. Sobre ninguna violación de legítimos derechos.

En mi carácter de presidente de los argentinos, vengo a asumir un irrevocable compromiso. Voy a dedicar el mayor y más importante de mis esfuerzos, en una causa que libraré con la ley y el derecho en la mano. Será la gran causa argentina: la recuperación de nuestras islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur.

Hermanos argentinos:

El gobierno que hoy se inicia va a ser un gobierno fuerte. Pero con la fuerza de la solidaridad, y no con la fuerza de la barbarie. Con la fuerza de la convicción, y no con la fuerza de la violencia. Con la fuerza de la razón, y no con la fuerza del temor.

No vamos a protagonizar un gobierno autoritario. Vamos a protagonizar un gobierno con autoridad.

Y para que la autoridad sea genuinamente autoridad, debe tener sólidas bases morales.

Creer que nuestra crisis es solamente política o económica, es una simplificación. Nuestra crisis es profundamente moral, y corroe a amplios sectores de nuestra comunidad.

Vivimos una instancia terminal, que debemos eliminar a tiempo, porque corremos peligro de disolución.

Que una sociedad sea inmoral, es grave. Pero esa inmoralidad trae en sí misma otro mal: que una sociedad no sea realmente una sociedad. La falta de solidaridad nos anuló durante mucho tiempo. En la Argentina, cualquiera tuvo fuerza para deshacer, pero nadie tuvo fuerza para hacer. Este es el círculo perverso que ahora, todos juntos, comenzamos a revertir.

Por eso, vengo a anunciar ante los representantes del pueblo, que a partir de este momento el delito de corrupción en la función pública, será considerado como una traición a la patria.

Así como vamos a investigar los ilícitos cometidos en los últimos tiempos, también vamos a ser inflexibles con nuestros

propios funcionarios. Aspiro a que mi gobierno sea un ejemplo de austeridad, de limpieza, de patriotismo.

El gobierno del pueblo no puede ser prioridad de sus dirigentes.

Porque la corrupción administrativa es un acto verdaderamente criminal, que como tal hay que señalar ante la conciencia y la opinión de nuestra ciudadanía.

La Argentina tiene que dejar de ser el país de los grandes negociados, y tiene que pasar a ser el país de los grandes negocios.

Ante la pregunta agónica y urgente de para qué sirve la democracia, pretendo que cada uno de mis funcionarios responda: "Si la democracia no sirve para hacer más feliz a la gente, no sirve para nada".

Si la democracia no sirve para ofrendar nuestra honestidad, capacidad y lealtad, no sirve para nada.

Esta será la línea central de nuestra gestión. Vamos a desmitificar la política. Vamos a transformar a nuestro gobierno en un plebiscito cotidiano frente a la dignidad y la decencia. Vamos a romper con todos los tabúes. No llegamos al poder para calentar una silla. Llegamos al poder para servir a nuestra gente. Para dar y no para recibir. Porque, como decía Eva Perón: "Amar es servir".

No vamos a detenernos frente a las tentaciones, o frente a los falsos apóstoles del desencanto.

Yo prefiero que mi pueblo me agradezca durante un siglo, a que los adulones me aplaudan durante un año.

Yo no pretendo rodearme de amigos de esta democracia que tan sólo sepan elogiarla. Yo aspiro a tener amigos que también sepan defenderla.

Pretendo que millones de pechos se alcen como un solo pecho, cuando lleguen los momentos de tribulación y de dificultades.

En cada una de las áreas de gobierno, estamos dispuestos a mantener esta conducta.

Vamos a tener la convicción necesaria como para no detenernos, no demorar el paso, no escatimar soluciones, no dudar.

Pero también vamos a tener la lucidez indispensable para no caminar en círculos, para no aislarnos en el frío e imper-

sonal ejercicio del poder. Esta será una gestión de cara a la gente, cerca de sus necesidades y anhelos, atenta a los reclamos y expectativas de toda la Nación.

Por eso, en este inicial mensaje como presidente de los argentinos, yo no he querido traerles una receta técnica, un recitado de medidas instrumentales, un conjunto de fórmulas abstractas para superar nuestra crisis. Pensé, mejor, en retrasarles el espíritu y el alma de la tarea que nos espera.

En los próximos días, y sucesivamente, cada uno de los ministros y responsables de las diferentes áreas de gobierno, brindarán una descripción detallada del estado en que reciben sus funciones, y de los programas que se llevarán adelante para concretar el cambio tan ansiado. Esta inmensa emergencia nacional, requerirá un contacto directo con toda la población. un intercambio de opiniones, un debate fecundo para poder instrumentar las políticas más adecuadas.

Cada argentino, tiene a partir de hoy el derecho y la responsabilidad de conocer la marcha de su gobierno. Cada argentino tiene el deber y la prerrogativa de exigir a sus hombres públicos transparencia, honestidad, aptitud, claridad en cada uno de sus actos.

Pueblo argentino:

Pueblo de la larga espera. Pueblo del heroísmo cotidiano. Pueblo de la ilusión inquebrantable. Pueblo del nuevo tiempo.

Yo hice de mi campaña un canto de esperanza. Y pretendo hacer de mi gobierno un acto de fe.

Yo te convoco para que caminemos juntos en esta era distinta.

Sé que el camino estará lleno de tropiezos, de dudas, de problemas. El comienzo será durísimo.

Pero también sé que cuando un pueblo se decide al trabajo, es invencible. Vamos a demostrar que no nos merecemos un presente de marginación. Vamos a demostrar que podemos hacer juntos una patria de hermanos. Como Jorge Luis Borges, yo también digo, en esta hora, la Argentina no puede cometer el peor de los pecados: el pecado de no ser feliz. Y aunque el cielo todavía esté nublado, y muchos dolores asomen en el horizonte, vale la pena recordar aquella sentencia de don Leopoldo

Marechal: "El pueblo siempre recoge las botellas que se tiran al mar con mensajes de naufragio".

Por eso, en este día inaugural para todos los argentinos, yo elevo mi corazón a Dios Nuestro Señor.

Le pido soñar, sin ser esclavo de mis sueños.

Le pido amor, porque sólo con amor nacerá una Argentina nueva.

Le pido paciencia, sin inquietarme en mi esperanza.

Le pido sabiduría, sin creerme ni demasiado sabio ni demasiado torpe.

Le pido prudencia, para no caminar olvidando a los pobres de toda pobreza.

Le pido humildad, para no creerme ni demasiado poderoso ni demasiado débil.

Le pido fortaleza, para comprender que la verdadera fuerza es siempre la fuerza de la fe.

Le pido paz, para escuchar mejor la voz del pueblo, que siempre es la voz de Dios.

Una voz que hoy se alza como una oración, como un ruego, como un grito conmovedor:

Argentina, levántate y anda.

Argentina, levántate y anda.

Argentina, levántate y anda.

2. **Discurso del Sr. Ministro de Educación y Justicia de la Nación, Profesor Antonio Francisco SALONIA, ante los señores miembros del Consejo Federal de Cultura y Educación el día 2 de agosto de 1989.**

POLITICA EDUCATIVA, REVOLUCION PRODUCTIVA Y TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES

Señores miembros del Consejo Federal de Cultura y Educación, señores legisladores, colegas docentes, señores funcionarios del Ministerio de Educación y Justicia, señoras y señores:

Queremos saludarlos cordialmente y expresarles nuestra satisfacción profunda por esta primera reunión de todos en la casa grande de la educación argentina. Hasta hoy sólo pudimos mantener contactos aislados y asumir temas y proyectos referidos a facetas de la cuestión educativa, sin que se nos diera la oportunidad del diálogo plural para la búsqueda de coincidencias y horizontes comunes, y sin que el espacio y la perspectiva incluyeran la visión globalizadora de los problemas, las propuestas y las responsabilidades que nos incumben.

Nos faltaba este encuentro para las definiciones iniciales, para pergeñar caminos que debemos transitar juntos y para esbozar panoramas de futuro que le sirvan a la gente y al país, a los que en la escuela y en la universidad quieren capacitarse sólidamente y formarse en plenitud y a la comunidad que en este territorio y en este tiempo histórico se impone el designio fundamental e impostergable de plasmar definitivamente la Nación.

Nos faltaba estrechar las manos argentinas de todos los Ministros de Educación de Provincias y Capital Federal, y los más destacados funcionarios y técnicos del interior. Con ellos debemos compartir reflexiones y trabajos, concertar, lograr acuerdos e iniciar una nueva etapa en la historia de las relaciones educativas de Nación y provincias. Nosotros debemos reconocer las culpas del inveterado centralismo y de la burocracia ineficiente, y expresar la voluntad de cambiar, abandonar los hábitos y poner en funcionamiento las ganas de dialogar y decidir juntos.

Juntos tenemos que enfrentar tabúes y prejuicios, proponemos ejercer la iniciativa y la creatividad —y motivarlas en los demás, de modo que facilitemos el proceso necesario para que el sistema educativo en agonía, marchito y sin bríos, produzca el milagro de la resurrección, gane en oxígeno, ponga en tensión sus músculos y se movilice en itinerarios nuevos y fecundos.

Se trata de que la acción pedagógica y académica estimule en la cabeza de todos el desarrollo de la inteligencia, el pensamiento libre y la capacidad crítica, y en su corazón ayude a señalar el ritmo y el rumbo de una cruzada multitudinaria que compromete el destino de treinta y dos millones de compatriotas. Todos aspiramos a vivir como personas cabales, en libertad y con justicia —prósperamente—, a que la familia se despliegue en la totalidad de sus derechos y de sus obligaciones sociales, y a que la comunidad pueda alcanzar el designio de *ser más y mejor* a través de valores y virtudes cuyo ejercicio y expansión enaltecen a la persona humana y afirman la condición nacional.

Nos faltaba estrechar las manos de los señores legisladores, representantes de la voluntad popular y símbolos hoy de una continuidad institucional que nos enorgullece a todos. La democracia nos pertenece ya al conjunto de los argentinos —dejó de ser propiedad de partidos y sectores— y todos estamos en actitud de preservarla para siempre. *Con los legisladores, como con los docentes, somos socios obligados y debemos trabajar juntos por la educación del país*; trabajar juntos para coincidir y trabajar juntos para ejercer el disenso. Del debate saldrán las mejores ideas y las propuestas más constructivas.

Esta es *la casa de todos* ustedes. Lo proclamamos hoy y nos proponemos que lo sea definitivamente. Como lo es también, naturalmente, de estudiantes y docentes. Todas las entidades gremiales tienen su ámbito de trabajo en este Ministerio, y mantendremos el criterio y las condiciones concurrentes en el futuro. Se trata de dejar atrás el sectarismo, las mezquindades y la pusilanimidad, e iniciar caminos nuevos y abiertos. La Argentina nos reclama que actuemos con adultez y civilizadamente.

Saludamos también, en este primer mensaje público, a los funcionarios técnicos y administrativos y al personal de este Ministerio de Educación. Los necesitamos en sus tareas, y esperamos respuestas positivas de su talento y de su eficiencia. En

este marco serán posibles las buenas relaciones y los estímulos que estamos dispuestos a brindarles. Rechazamos, por cierto, el burocratismo, la mera inercia, la resistencia al cambio, los intereses creados y la carencia de horizontes grandes y ambiciosos. Nosotros trabajaremos cómodos con funcionarios y empleados que quieran y crean en la educación y que vuelquen sus aptitudes y sus pasiones al servicio del país y del destino nacional.

Hasta aquí la bienvenida y los buenos augurios. Vayamos ahora a nuestros temas.

Unidad Nacional y responsabilidad común.

Toda reformulación de nuestro sistema educativo debe basarse en las propuestas de fondo que constituyen el *proyecto nacional*. En ese marco de referencia la educación del país encontrará fundamentos válidos y puntos de partida fecundos para las transformaciones necesarias, y nosotros el cauce para el desarrollo de nuestras responsabilidades.

El Presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, ha convocado a todos los argentinos para emprender el arduo y fatigoso proceso de la recuperación nacional bajo el signo de la unidad, sin tutelas paternalistas ni proyectos sectoriales hegemónicos. Su gobierno quiere ser de coincidencia y compromiso común, donde nadie pueda sentirse indiferente o no convocado. Lo ha dicho de una manera rotunda y definitiva, remarcando con énfasis los perfiles de su proyecto político: *"Yo no aspiro a ser el Presidente de una fracción, de un grupo, de un sector, de una expresión política. Yo quiero ser el Presidente de una Argentina unida que avance a pesar de las discrepancias"*.

La apremiante *convocatoria a la unidad nacional* se ubica más allá de la pura retórica, para constituirse en la base indispensable que nos permita iniciar la superación de la Argentina del subdesarrollo, el progresivo empobrecimiento y la decadencia. Este es para nosotros el mandato del nuevo tiempo histórico. Tenemos que construir el país del porvenir desde la plataforma de la *revolución productiva*, "un desafío que comienza en la cabeza y en el corazón de cada argentino, antes de buscar la transformación necesaria de las estructuras sociales. Sin ese cambio íntimo y decisivo no hay revolución posible, no hay futuro posible, no hay progreso posible".

En el marco de estos lineamientos generales, el sistema educativo deberá incorporar a sus objetivos básicos la idea central de que en la Argentina de hoy se debe formar para la consolidación de la unidad nacional y que las acciones pedagógicas deberán servir a la recreación de la cultura del trabajo y la producción, al mejoramiento de la calidad de vida, a la preservación y potenciación de la dignidad popular y al fortalecimiento de la soberanía y la autodeterminación nacional.

Estamos frente a un verdadero desafío lanzado a la educación del país, ya que sus contenidos actuales, sus técnicas de comunicación y razonamiento, y sus mensajes culturales, no responden a los objetivos planteados. Desde esta perspectiva tenemos que asumir y resolver el proceso de transición que parte de una sociedad impregnada por los hábitos de la especulación y el menor esfuerzo —ganada también por un progresivo descenso de los valores morales— y nos conduce hacia la Argentina del compromiso laboral y la transformación de las estructuras económicas y sociales. Se trata de compartir responsabilidades para construir, entre todos, la sociedad industrial —moderna y justa—, y a la vez, rescatar el sentido ético de la vida y la mística de la nacionalidad.

CRISIS DE LA EDUCACION ARGENTINA

Los diversos sectores políticos y sociales del país aceptan hoy que el cuadro de suma gravedad registrado por la educación nacional es consecuencia de la aguda y prolongada crisis global que vive la Nación. Sin embargo, esta situación se ve notoriamente agravada por razones estructurales que le son propias, por cuanto surgen del mismo modelo educativo que le sirve de base, agotado desde hace varias décadas.

En este contexto, las acciones educativas de los últimos años, surgidas por lo regular de la improvisación y no integradas en planes orgánicos, coherentes y de largo plazo, han contribuido a profundizar las carencias, los anacronismos y las distorsiones, como así también a resentir el desarrollo del sistema hasta el límite de poner en riesgo la prestación de los servicios.

Sin exageración, la crisis ha alcanzado desde hace mucho tiempo la calidad de *crisis estructural*. Frente a ella, el ministerio nacional se limitó al ejercicio de un centralismo absorbente y formalista que lo condujo a perversas modalidades adminis-

trativas y al predominio de burocracias totalmente alejadas de la vida escolar y universitaria. Se vivió así un divorcio crecientemente profundizado, donde el aparato ministerial se autograficaba afirmando su soberanía sobre papeles vacíos y expedientes interminables, mientras las instituciones educativas debían resignarse a trabajar en medio de la indiferencia frustrante de sus superiores.

Un signo más de este cuadro crítico es la desorganización y precariedad en la que encontramos al Ministerio de Educación —como ya informamos a la opinión pública—, lo que constituye motivo de profunda preocupación.

Sin embargo, más allá de la resolución de los problemas administrativos, nos conmueve con más hondura aquellos que hoy bloquean el funcionamiento del servicio educativo en su conjunto.

Sin la intención de formular un diagnóstico detallado, señalamos algunas situaciones cuya incidencia negativa gravita esencialmente sobre el sistema de la educación:

- a) Impacta la unanimidad de juicios provenientes tanto de los técnicos y especialistas, como de los estudiantes y padres, sobre *la desarticulación que se da entre las distintas jurisdicciones educativas y entre los diversos niveles y modalidades de la enseñanza*. Tampoco hay vínculos institucionalizados entre las conducciones del área con los docentes, las familias y las organizaciones comunitarias.

La ausencia de nexos que armonicen las diversas jurisdicciones educativas ha incidido en la anomalía de que el Ministerio de Educación Nacional y los Ministerios Provinciales —y éstos entre sí—, actúen regularmente como en “compartimientos estancos”.

La administración central, en lugar de ser ámbito de concertación e integración, ha funcionado como una jurisdicción educativa más, y hasta con accionar contradictorio con el de las provincias. Este mismo Consejo Federal, pese a sus aspiraciones, ha tenido un rol meramente formal y no resultó lo operativo y fecundo que pudo esperar el país.

- b) Las estructuras técnicas y administrativas —complejas, centralistas y generalmente deficientes— son responsables de que las escuelas y las universidades, los docentes, los alumnos y la comunidad, vivan el funcionamiento

del sistema educativo, preponderantemente, a partir de criterios y necesidades burocráticos y en menor medida, en función de los requerimientos del proceso de enseñanza-aprendizaje y las aspiraciones de sus agentes activos.

Se desgastaron así esfuerzos y aportes que pudieron ser valiosos y se impidió que se alcanzaran mejores niveles de calidad y más altos estadios de excelencia.

- c) La falta de políticas y estrategias educativas con prioridades hacia las poblaciones en situación de pobreza y marginalidad —lamentablemente con un gran crecimiento en los últimos años—, ha generado la profundización de la desigualdad de oportunidades y posibilidades, tanto en el plano de la estructura social como en el mapa de las realidades regionales, en perjuicio de los sectores urbanos, suburbanos y rurales de menores recursos o directamente carenciados.

La sociedad y el país mantienen todavía tasas de deserción escolar y analfabetismo que resultan incompatibles con la justicia social y la dignidad humana.

- d) Los contenidos de la educación, las técnicas pedagógicas y los modos de trabajo y convivencia que se aplican en las aulas y en los claustros son, en general, obsoletos y no se corresponden con el avance científico, tecnológico y cultural del país y del mundo. Así sucede en forma particularmente notable en la desactualizada enseñanza media y técnica, y se agrava por la carencia casi absoluta de actualización y perfeccionamiento —orgánico y sistemático— de los educadores de todos los niveles y modalidades.

- e) El sistema educativo funciona, regularmente, por vías paralelas a las del proceso del trabajo y la producción y desentendido de las necesidades sociales, los requerimientos de las empresas, los sindicatos y el Estado, las actividades científico-tecnológicas del ámbito extra-académico y las demandas del país real.

- f) Por último, se advierte la ausencia de relaciones significativas y operantes entre las acciones del sistema educativo con los medios de información y comunicación social, las diversas manifestaciones culturales y el conjunto de las actividades comunitarias.

PROGRAMA PARA LA TRANSFORMACION EDUCATIVA

En función de las consideraciones anteriores y como preámbulo para la educación de la última década de este siglo en la Argentina, pasemos a enunciar un elenco de perspectivas y propuestas que consideramos valiosas y conducentes para las transformaciones necesarias, tanto de la educación nacional como también del universo social, económico y cultural al que pertenece y del que no debe escindirse.

Partimos de la hipótesis de que existe latente en nuestra sociedad la voluntad general de cambio y la convicción de que debe operárselo perentoriamente. De lo contrario, la crisis y la decadencia seguirán ahondándose hasta límites insostenibles.

1. — *El marco de una política nacional es condición necesaria para definir objetivos y contenidos de las diversas políticas sectoriales.* La sociedad argentina tiene en su panorama futuro imágenes y expectativas comunes: desarrollo nacional autónomo, economía de producción plena —vigorosa e integrada—, prosperidad, bienestar y justicia para todos los sectores sociales, afirmación del sistema político democrático, pluralismo en las ideas y en las creaciones del ámbito cultural, cooperación e intercambio entre las naciones de Latinoamérica y el mundo frente a los grandes desafíos de la ciencia y la tecnología.

2. — Dentro de este cauce ancho y de estas pautas básicas, cabe a la educación la responsabilidad de producir *transformaciones estructurales*. Corresponde a la comunidad y al Estado definir los lineamientos políticos de las acciones educativas, científicas y culturales, *para que en la actual coyuntura histórica los objetivos de la revolución productiva, se cumplan en orden al desarrollo nacional y la justicia social.* Alcanzarlos exigirá fijar prioridades y planificar las tareas en relación con la coyuntura, con el mediano y el largo plazo.

El espíritu y los objetivos de la educación que se propician apuntan a generar una transformación cultural donde el trabajo y la ética social que él supone, sean considerados pilares básicos de la estructura educativa.

El *trabajo* deberá ser asumido en los currículos como un *valor* integrado con los otros valores que constituyen el plexo axiológico aceptado por la sociedad y referido a lo esencial de su cultura y su estilo de vida. El trabajo realiza al hombre y le da plenitud como persona. Comparte rango con la libertad, la

justicia, la solidaridad, la paz y el respeto a todos los hombres y a todos los pueblos.

La educación en todos sus niveles y las actividades productivas en sus múltiples manifestaciones sugieren perspectivas para procesos inéditos de asociación y complementariedad. En este sentido deberá promoverse la profundización de nuevas y más fecundas experiencias de aprendizaje en sede escolar y en ámbitos sociales —empresarios y sindicales, entre otros—, las que podrán ser extendidas a diversos espacios no convencionales y en tiempos diferentes. El nuevo programa educativo multiplicará y diversificará sus posibilidades y sus ofertas, sus agentes y sus escenarios.

El binomio *educación y trabajo* contiene desafíos de dimensiones insospechadas, desde el renovado y reivindicado rol educativo del hogar hasta el de las múltiples y diversas instituciones sociales: sindicatos, empresas, partidos políticos, agrupaciones religiosas, Fuerzas Armadas, administración pública, Parlamento, etc.

A partir de este enfoque y las nuevas alternativas, corresponderá replantearse la reorganización de contenidos y metodologías en todos los niveles y modalidades de la educación. La escuela primaria deberá insistir en el logro efectivo de las habilidades instrumentales básicas y la formación elemental que le compete. De este modo podrán evitarse luego las campañas de alfabetización —excesivamente reiteradas y costosas en nuestro país— que expresan una faceta dramática de la desaprensión y la ineptitud de las dirigencias, simultánea y convergentemente en el plano educativo como en el plano social. La enseñanza media y la técnica —articuladas entre sí— deberán incorporar cambios significativos. El país no puede permanecer indiferente, ni cruzado de brazos, ante la agonía de un bachillerato que ni siquiera sirve para ingresar a la Universidad. Todo el nivel medio deberá ofrecer salidas laborales y respuestas concretas a requerimientos de la vida práctica, sin desmedro de la formación general ni de la adecuada capacitación para los estudios superiores. La educación de adultos deberá transformarse, modernizarse y abrirse efectivamente a las demandas de la *revolución productiva* y cumplir un rol destacado en los nuevos procesos laborales. Semejante responsabilidad le cabrá a la universidad nacional: no la concebimos aislada ni descomprometida respecto de la problemática regional, el país y el destino de su gente.

3. — Todas las realizaciones educativas han de ser resultante del trabajo coordinado entre los organismos de la comunidad y las instituciones estatales. Deberán integrarse las acciones. El Estado no actuará monopólicamente ni en pugna con la sociedad porque justamente es ella la fuerza vital —dinámica e innovadora— que protagoniza el proceso educativo, científico y cultural. Se promoverán a tal fin mecanismos de relación, intercambio y corresponsabilidad entre la comunidad y el Estado. Tanto en la conducción como en el planeamiento de la educación participarán los sectores representativos de las diversas actividades nacionales: docentes, científicos, empresarios, sindicalistas, Fuerzas Armadas, movimientos políticos, agrupaciones religiosas y otras asociaciones intermedias.

Deben crearse nexos institucionales —orgánicos y permanentes— de la escuela y la universidad con el sector productivo, las empresas agrarias e industriales, la administración pública y las organizaciones profesionales y sindicales.

Esto supone una auténtica revolución en las estructuras de gobierno y administración educativa. Se relacionarán y se integrarán los claustros académicos y los elencos docentes con los estamentos de decisión y de responsabilidad de la actividad económica y social, de la administración estatal y de la política de defensa nacional, y a la vez, funcionarán como ámbito educativo no convencional el espacio de experiencia y estudio de la fábrica del sindicato, los servicios públicos y de las diversas actividades sociales.

La educación estará abierta así a la realidad comunitaria y a las múltiples incitaciones y posibilidades de la capacitación técnica y la formación humana. En correspondencia, *los recintos escolares y universitarios deberán estar disponibles y operar como centros comunitarios durante el año completo*. La infraestructura educativa y sus servicios no deben quedar encerrados dentro de los límites del calendario escolar, ni los únicos protagonistas ni beneficiarios deben ser alumnos y docentes. Le caben a la comunidad roles, ofertas y oportunidades inéditas.

4. — En esta propuesta la educación deberá ser considerada como bien y acción permanentes, ya que el hombre tiene derecho y necesidad de aprender y perfeccionarse durante toda su vida.

En este marco se articulará la educación escolar con la no escolar, la educación formal con la no formal. Se promoverán en tal línea todas las modalidades y formas educativas que cada

comunidad pueda disponer, de manera tal que la responsabilidad de educar deje de ser patrimonio exclusivo de la escuela para serlo de la sociedad en su conjunto.

No se concibe una educación que dé productos terminados en precisas o sucesivas etapas de la vida. Desde esta nueva perspectiva, *la persona educada* dará paso ahora a *la persona constantemente educable*. La fórmula de "aprender a aprender" deberá aplicarse con eficacia, ganando instrumentos idóneos para el inexorable tiempo de la educación permanente.

5. — En el contexto de la profundización del federalismo que impulsa el gobierno nacional, se garantizarán la efectiva descentralización educativa y la simultánea afirmación de la unidad de la educación argentina. El rescate y el despliegue de las características y peculiaridades de las regiones, las provincias y las comunas servirán a la consolidación de lo nacional y los intereses comunes. Con tal fin, se asegurarán experiencias de aprendizaje, ofertas educativas y vivencias culturales que expresen la fisonomía, las esencias y los ideales de cada comunidad.

Habrán de redefinirse las funciones, atribuciones y responsabilidades en materia de educación del gobierno nacional, de los gobiernos provinciales y de los municipios. Se estudiará con detenimiento el tema a través de grupos de reflexión y propuestas en los que participarán funcionarios nacionales, provinciales y municipales, legisladores, dirigentes gremiales, docentes y especialistas.

Se trata de diseñar una estrategia diferente y transformadora en la que el aporte para la solución de los problemas educativos sea responsabilidad de las diversas jurisdicciones gubernamentales y de todos los sectores de la comunidad. Habrá de alcanzarse *un sistema educativo federal y regionalizado*, única forma de cristalizar la verdadera integración nacional y de superar la fractura histórica entre la macrocefalia de las regiones desarrolladas y la endemia vergonzante del país periférico que lucha denodadamente por su propia subsistencia.

Se trabajará en conjunto para asegurar las condiciones institucionales, financieras y técnicas que permitan a las provincias atender eficazmente los servicios educativos propios, los que les han sido restituidos o los que incorpore en el futuro. Se profundizarán, simultáneamente y en forma inmediata, los estudios necesarios para poner en marcha un proceso de trans-

ferencia gradual de otros servicios nacionales, porque el auténtico federalismo se construye a partir de las atribuciones y responsabilidades de la propia escuela y de las comunidades que integran, dejando atrás la historia y la realidad del centralismo burocrático.

Esta concepción educativa posibilitará la efectiva revitalización del sistema federal, no en las declaraciones sino en los hechos. El gobierno nacional cooperará con los gobiernos provinciales en el proceso de mejoramiento cuantitativo y cualitativo del nivel primario. De esta manera se logrará que la educación básica llegue a ser esencialmente igualitaria y formativa, tanto para el desarrollo personal, cuanto para la integración familiar, social y cultural de los educandos.

De acuerdo con las autoridades provinciales y con el apoyo de las organizaciones comunitarias, se atenderá especialmente los requerimientos de la educación de adultos y los de la alfabetización. Se apuntará a la formación social y la capacitación laboral del adolescente y del adulto trabajador, agentes activos de la *revolución productiva*.

En conjunto y coordinadamente, se dedicará atención prioritaria a la asistencia de los grupos urbanos y rurales marginados y se tendrá en cuenta la integración social de las comunidades aborígenes, a partir del respeto de sus culturas y sus lenguas. La educación rural en sus distintas manifestaciones servirá como herramienta indispensable, hasta ahora muy desaprovechada, para promover los dos tercios del país semiárido.

Mediante estas acciones conjuntas, se tenderá a superar la deserción escolar y el analfabetismo, graves problemas que afectan a amplios sectores de la población, particularmente a aquellos que viven en el umbral de las necesidades básicas insatisfechas o por debajo de él.

6. — Estas propuestas exigirán *la reorganización y el fortalecimiento del Consejo Federal de Cultura y Educación*, a fin de que pueda cumplir el papel esencial que le está reservado en el proceso de integración y dinamización de la actividad educativa y cultural. El organismo deberá servir a la concertación y coordinación de programas y proyectos de todas las jurisdicciones. Su reestructuración apuntará a dotarlo de funciones efectivas para la atención puntual y compatibilizadora de las acciones educativas nacionales, provinciales y locales.

El desafío mayor de integrarse y trabajar concertadamente debe constituirse en uno de los temas principales a considerar en el ámbito del Consejo Federal. Se dispondrá del antecedente importante que es el proyecto de ley sobre este tema presentado en 1981 por el bloque justicialista del Senado de la Nación.

7. — La educación reestructurada y en su dimensión social y permanente deberá integrarse con las políticas y las estrategias de la ciencia, la tecnología y la cultura del país, definidas con inequívoco sentido nacional y abiertas a los aportes, las innovaciones y los desafíos que se generen en el mundo. En un proceso dinámico de mutua alimentación, la educación será protagonista y beneficiaria de la relación y el intercambio con áreas que por su naturaleza, sus contenidos y sus fines son absolutamente integrables e inescindibles.

Se torna necesario e imperioso articular normas legales y mecanismos técnicos y administrativos que posibiliten sólidos puentes de ida y vuelta para vincular, en forma orgánica y permanente, la acción educativa con la de los organismos a los que les incumbe la formación científica, tecnológica y cultural. De este modo se logrará la superación de las contradicciones y los divorcios de hoy y, en su lugar, el recíproco y fecundo enriquecimiento. Seguramente, las actitudes y las aptitudes necesarias para alcanzar las más altas metas de la investigación científica y tecnológica, y los productos artísticos y culturales más valiosos nacen en el jardín de infantes, o quizá antes...

8. — Los lineamientos planteados requieren la puesta en marcha de *un proceso participativo y permanente de planificación*, efectivamente, integrado al gobierno y a la administración de la educación. Proceso participativo y concertado porque el proyecto educativo nacional deberá ser producto del trabajo, el aporte y la reflexión de todos. Desde los niveles superiores de la conducción —tanto nacional como provincial— hasta el de las diversas entidades que expresan la dinámica comunitaria, se estimularán formas organizativas que permitan armonizar e integrar las múltiples propuestas y tareas que devienen del protagonismo plural de la sociedad.

La labor armonizadora —la de todos— debe apuntar a afirmar la unidad y la integración nacional, y a proyectarse en las regiones históricas, económicas y culturales del país, en las jurisdicciones provinciales y territoriales, como así también en las zonas internas y en cada localidad. En el entramado de

estos sectores se definirán e implementarán con el proyecto educativo nacional, los proyectos y propuestas de provincias, regiones y comunidades.

La planificación que se propone requiere iniciar, o profundizar según los casos, un proceso de descentralización y regionalización educativa, tanto en el Ministerio Nacional como en cada una de las jurisdicciones. Implicará el diseño de nuevas formas de conducción y programación que hagan posible la dinámica participación de la comunidad educativa y de la sociedad en su conjunto.

9. — Deberá trabajarse en común con los sectores legislativos, gubernamentales, políticos, gremiales y comunitarios el proyecto de ley general que la educación requiere para que el proceso permanente de transformación y mejoramiento que se propone tenga bases normativas claras y orientadoras.

Las carencias legislativas del país vienen de lejos. Nunca se dispuso de una ley general de educación y nunca ha sido más evidente que en la actualidad este vacío legislativo.

Las provincias han crecido en la responsabilidad de atender y crear servicios en todos los niveles del sistema, sin un marco jurídico-político que dé a las diversas y dispersas tareas pedagógicas y académicas la coherencia necesaria, y que posibilite la integración de instituciones y de acciones que se despliegan dentro del mismo Estado Nacional y que deben compartir un común proyecto cultural.

10. — El financiamiento de la educación es, sin duda, un aspecto crucial del desafío que se afronta. Sus fuentes y sus formas tradicionales están definitivamente agotadas y no aseguran siquiera el funcionamiento regular de los servicios. Menos aún permiten avanzar hacia el mejoramiento de la calidad educativa, ni tampoco a dar respuesta puntual y eficaz a las demandas previsiblemente crecientes.

Se torna urgente, en consecuencia, reexaminarlo todo, sin preconceptos, ni condicionamientos ideológicos. Tampoco en esto deben operar los mitos y los tabúes.

Por cierto que el presupuesto educativo debe aumentarse dentro del presupuesto general. Esto aparece como una aspiración obvia, pero la gestión de las autoridades educativas no ha de agotarse en la puja con los otros sectores de la administración pública, ni en los logros parciales e intermitentes de algu-

nos "puntos más" en las nuevas partidas. Siempre serán insuficientes y quedarán permanentemente abiertas nuevas expectativas y nuevas zozobras.

El financiamiento no es problema que se limite al aumento voluntarista o arbitrario de los recursos, ni a hacer un uso más racional de ellos, ni tampoco a disminuir gastos que puedan ser eliminados, aunque deba comenzarse por ahí. Se trata de redefinir el sistema e insertar la educación dentro de la producción y las responsabilidades comunitarias, y a la actividad productiva y social en el universo educativo.

Deben estudiarse e implementarse nuevos medios, y comprometerse a más protagonistas del financiamiento educativo, el que se requiere para sostener, aumentar y optimizar los servicios.

11. — La definición y el desarrollo de nuevas políticas de la educación, y nuevas estrategias, requerirán *una profunda transformación del ministerio nacional*, acorde con el proceso de reforma estatal iniciado por el actual gobierno.

La reestructuración que deberá estimularse participará del principio de que las instituciones educativas y su contexto comunitario serán los ejes de la administración, y de ese modo los estudiantes, los docentes, las familias y las organizaciones sociales podrán superar la subordinación enervante y la exagerada dependencia que sufren en relación con los aparatos burocráticos centrales. A la vez, el replanteamiento de funciones, responsabilidades y recursos de la Nación, provincias, municipios y comunidad será dato esencial para reorganizar la conducción educativa nacional. Se trata de definir nuevos roles.

El ministerio nacional dejará de ser sólo un simple, tardío y deficiente administrador de escuelas y universidades, y se convertirá, sin duda, en el vértice efectivo de la concertación y la coordinación del proyecto educativo nacional, y del trabajo en común. Deberá brindar, a la vez, las orientaciones, los estímulos y los apoyos técnicos y financieros que se requieran y se convenga con los ámbitos provinciales, municipales y comunitarios.

Si se agrega la evidencia de un proceso progresivo y creciente de transferencia de servicios a las provincias y las comunas, debe comenzar a pensarse en la caracterización y las funciones de un Ministerio de Educación nacional sin escuelas.

12. — El proceso transformador, concertado y participativo, debe conducir a un profundo cambio en la calidad de la educación, con la finalidad de generar en todos los niveles y modalidades de la enseñanza un aprendizaje creativo, crítico e innovador, que incorpore y recree una cultura viva, significativa y útil. Sólo así se impulsará una educación auténticamente liberadora en lo individual, lo social y lo nacional, donde la realización del hombre argentino se enlace indisolublemente con la de su comunidad. Se aspira a que la innovación y la creatividad sean la regla y no la excepción en este proceso.

La valorización de la libertad, la paz, la convivencia armónica y el amor al prójimo, la actitud democrática, la actualización permanente de los derechos de la persona, serán determinantes fundamentales de los cambios en las prácticas pedagógicas y en el funcionamiento de la escuela y la universidad.

Se aspira a una escuela y una universidad en búsqueda permanente y con capacidad constante para receptor iniciativas y canalizar desafíos inéditos. La libertad en la enseñanza debe ser pilar fundamental. Se constituirán grupos de reflexión y propuestas para estudiar y diseñar el rol y las formas organizativas originales de estas nuevas instituciones, germen efectivo de la educación que se propone. Los trabajos estarán a cargo de todos los actores —internos y externos— del proceso de la educación y será decisivo el aporte de las provincias. En ellas hay experiencias valiosas orientadas al desarrollo dinámico y permanentemente renovado del sistema educativo.

13. — En consecuencia, los currículos escolares y universitarios deberán abrirse a las motivaciones y experiencias de la sociedad y a la actitud participante de sus miembros. Esto implica la vigilia definitiva: una dinámica curricular permanente, una apertura al protagonismo plural de los representantes comunitarios y una ampliación y enriquecimiento de la geografía educativa.

En estas condiciones resulta básica e insoslayable la coincidencia en torno a los valores compartidos, al sentimiento de pertenencia al mismo espacio físico, ético y cultural, a la identidad profunda con el país y su destino. Por lo tanto, deberán transformarse profundamente los currículos vigentes en los diversos niveles y modalidades, para que en sus objetivos y contenidos se incorporen los temas fundamentales de nuestra realidad, *la vocación por la unidad nacional, las demandas de la revolución productiva y los constantemente crecientes avan-*

ces científicos, tecnológicos y culturales que se verifican en el país, en latinoamérica y en el mundo.

14. — Este camino nos conducirá a la construcción de *una nueva escuela*, basada en teorías distintas de las que hoy se privilegian. Si queremos una sociedad abierta a la escuela y una escuela abierta a la sociedad, ambas aperturas nos conducirán a nuevas formas de organización y de vida escolar. Las instituciones educativas deberán ser flexibles y receptivas para operar funcionalmente en el proceso de su inserción en la comunidad y adaptarse a los cambios exigidos por el entorno con capacidad de evolución y con inteligencia para ajustar constantemente el rumbo. Tal escuela estará dotada de grados prudentemente crecientes de autonomía, para que pueda actuar con la ductilidad suficiente requerida por los cambios que se verifican. Por ahora corresponde desbrozar el terreno, aventar prejuicios, sembrar modernos criterios de administración escolar y depurar las estructuras formales, envejecidas y estáticas, de todas las instituciones educativas.

15. — Estos objetivos requieren el protagonismo activo de los trabajadores de la educación y sus organizaciones gremiales, lo que nos impone buscar juntos su jerarquización profesional y las mejores remuneraciones, así como el perfeccionamiento constante en su formación cultural y en su capacitación técnica. En el ámbito de las convenciones colectivas se elaborarán los lineamientos normativos de carácter federal para la actividad docente de todos los niveles y modalidades.

Se garantizará así las condiciones de trabajo, las modalidades de la carrera profesional, los horizontes salariales justos para todo el país, y también la participación de las entidades gremiales, representativas en los ámbitos donde se diseñan y ejecutan políticas y programas referidos al campo educativo.

16. — La formación docente, la actualización en servicio y la práctica profesional de maestros, profesores e investigadores del área, deberán incorporar marcos de comprensión, objetivos, actitudes y aptitudes nuevos. Las inéditas realidades científico-tecnológicas, las peculiares formas de producción del sistema industrial —con las relaciones laborales y los vínculos humanos que le son propios— y los valores culturales emergentes de nuestra realidad nacional, constituyen el perfil insoslayable del currículo de la formación profesional, de las ofertas de reciclajes y perfeccionamiento y del mensaje cultural de los educadores.

En la actividad curricular ordinaria se incluirá *la actualización y el perfeccionamiento profesional, científico y cultural del docente*, junto con tareas de *investigación educativa*. El cuerpo de maestros y profesores, los investigadores y los planificadores, deberán recibir las *gratificaciones económicas* que se corresponden con el nivel de su calificación laboral y con su responsabilidad cívico-moral.

Deberán ser respetados los derechos y las conquistas logrados hasta el presente, a través de las normas legales que reconozcan la prioridad de la formación especializada y la cultura general, de la capacitación al día, de la eficiencia y del conjunto de méritos profesionales, sociales y humanos. Se impone una renovación de las normas estatutarias para los docentes de la década del 90, vista desde una perspectiva federalista, en la que se equilibren los intereses de los docentes con los de la necesaria transformación educativa.

17. — Por último, resulta necesario reafirmar la doctrina de que corresponde al Estado la garantía del derecho social y humano a la educación, así como la convicción de los deberes y derechos que caben a la sociedad en el área educativa. El Estado y la sociedad son responsables de dar respuestas efectivas, diversificadas y creadoras en el plano de la capacitación y la formación humana. De ahí el respeto por *la libertad de enseñanza* y la educación de gestión comunitaria o privada. Se reivindica así el derecho intransferible de la familia a elegir y decidir en la educación de sus hijos.

CONVOCATORIA GENERAL

Para la apasionante tarea de revertir la situación de atraso y disfuncionalidad de los servicios educativos convocamos a todos los sectores de la sociedad: los estudiantes, los trabajadores docentes, los no docentes, los agrupamientos comunitarios y los que ejercen funciones de conducción política. Entre todos debemos diseñar el proyecto educativo que nos ayude a emerger de la crisis y abrirnos hacia el horizonte de grandeza que el país necesita y merece alcanzar.

Los resultados del esfuerzo que habremos de emprender serán algunos relativamente inmediatos; otros, más ambiciosos y profundos, se irán concretando en etapas sucesivas, a largo plazo, ya que *los cambios estructurales en los procesos*

democráticos tienen un ritmo gradual signado por el consenso de los actores sociales.

Nuestro compromiso consiste en definir con claridad las metas, el ritmo de marcha y las prioridades, y además, comenzar a trabajar ya, sin pausas y con prisa, para mejorar la educación de niños, jóvenes y adultos, cimiento genuino del futuro de la Nación. Debemos aceptar que los esfuerzos serán muy duros y grandes los obstáculos. Para poner a la Argentina de pie ante el mundo se impone enfrentar rígidas resistencias, quebrar estereotipos y rutinas, y transformar drásticamente viejas estructuras. La opción es "ahora o nunca", para el país, y también para la educación.

Este proceso transformador nos exige rescatar los lúcidos aportes de las fuerzas políticas y sociales comprometidas con el Frente Justicialista de Unidad Popular, como así también las contribuciones de todos los que asumieron la educación como centro de sus reflexiones y de sus experiencias, y lograron delinear propuestas orgánicas y valiosas. No nos limitaremos dentro de las fronteras de la facción, ni le daremos la espalda a las ideas constructivas de ningún compatriota.

Tendremos igualmente consideración particular por los documentos y recomendaciones surgidos del Congreso Pedagógico Nacional, cuyo denso contenido apreciamos en su justa dimensión.

La realización de los esfuerzos que se proponen hasta aquí exigirá ineludiblemente, la convergencia de dos tipos de acciones. Por una parte, *la movilización educativa*, el cultivo y el aprovechamiento de toda la potencia formativa subyacente en el seno de la vida social y cultural; por la otra, *la revitalización de las instituciones educativas* a través de una apertura inteligente que le permita interactuar con las fuerzas sociales de su entorno para obtener de ellas colaboraciones útiles en todas las dimensiones de su actividad —no reducidas solamente a la cooperación material— y que, a la vez, la habilidad para asumir con sensibilidad los problemas socioculturales que se generan en las familias y en las demás estructuras sociales.

Señoras y señores:

En este primer encuentro presentamos sólo lineamientos generales para la reflexión común. Entre todos definiremos y ejecutaremos *la nueva política educativa*. No se trata de que el ministro de turno pretenda imponerle su impronta, ni menos que desde su vanidad o desde su soberbia aspire a decir la

última palabra. **Nosotros** no lo sabemos todo, ni con nosotros comienza la historia; apenas si ponemos en la tremenda responsabilidad de conducir este Ministerio, una obstinada pasión nacional, el compromiso de siempre con la educación del país y la voluntad de escuchar a los demás y enriquecer las propias propuestas con las ideas creadoras y las sugerencias inteligentes de los compatriotas que quieran ayudar y poner el hombro. No hay otra forma de hacerlo que hacerlo entre todos.

Una última reflexión. **Nosotros** creemos en las fuerzas morales, en la ética de las costumbres personales, familiares y sociales. De aquí que las tareas a desarrollar y los grandes objetivos de la política y de la transformación educativa reclaman un previo pacto nacional de manos limpias, de intenciones honestas y de horizontes immaculados. Tenemos que trabajar por el país y por el destino nacional con nuestra decencia y con la decencia de todos. Lo deben saber los niños, los adolescentes, los jóvenes y los adultos que se educan en las instituciones oficiales y privadas y lo deben comprender como el primer compromiso que asumimos con ellos. Mereceremos su respeto y su fe si les demostramos con los hechos una conducta moral inalterable y una auténtica vocación patriótica. La primera lección que deben brindar la escuela y la universidad tiene que ver con la eticidad de la condición humana y con las metas más altas y nobles de la vida espiritual.

La Argentina de hoy necesita como nunca ejemplos de dignidad y de limpio patriotismo. Brindémoslos desde la escuela y la universidad, e irradiemos desde el aula y los claustros luz y esperanza a la sociedad argentina.

UNIVERSIDAD INSERTA EN EL SISTEMA EDUCATIVO Y EN LA SOCIEDAD NACIONAL

*Señor Rector de la Universidad Nacional de Cuyo,
Señora Ministra de Cultura y Educación de Mendoza,
señores Legisladores, señores Rectores visitantes,
señores Decanos, colegas docentes, jóvenes alumnos,
señoras y señores:*

Agradezco la oportunidad que me brinda el señor Rector de participar en este seminario y a todos ustedes de acompañarme en la hora de las primeras definiciones sobre la cuestión universitaria. Ningún ámbito más propicio para mí que el de la Universidad Nacional de Cuyo.

Debo confesarles que vivo con enorme alegría la conmemoración de los primeros cincuenta años de la Universidad Nacional de Cuyo, mi Universidad. Las nuevas paredes y la crecida infraestructura —que no son las que me pertenecieron y están en otras geografías de la ciudad o cayeron bajo la piqueta del progreso urbano— cobijan un largo y azaroso itinerario de vibraciones hondas, de expectativas ambiciosas y de logros fecundos. También, por cierto, de frustraciones por los desencuentros, las actitudes maniqueas y la absurda adhesión a los ideologismos. No obstante, aquí tenemos a la Universidad joven y madura, de pie en su alta dignidad académica, lúcida y comprometida con su noble misión, abierta y generosa para recibir a los que aspiran a la más exigente capacitación científica, tecnológica y cultural, y a la mejor formación humana. Universidad que tiene clara conciencia de lo que es, y mucho más claros el sentido y el rumbo de los que deben ser sus deberes para con el país, la sociedad nacional y el futuro.

Por esto es que me congratulo de la historia vivida, por los escalones que pudieron ascenderse en los cincuenta años

—con más tropiezos que gratificaciones—, por la labor desplegada con vocación y con talento, por las metas que se alcanzaron —con decoro y excelencia—, pero mucho más me congratulo, a priori y con fe profunda, por lo que vendrá, por los nuevos tránsitos, por las inéditas tareas a asumir, por las altas cumbres a las que arribará con esfuerzo excepcional, con la convicción definitiva de que Mendoza, la región y el país, les plantean reclamos cada vez más importantes y decisivos a nuestra inteligencia, a nuestra creatividad, y también, desde las raíces y los ancestros, a nuestra pasión nacional y a nuestro patriotismo.

Medio siglo de vida y de frutos, y un espacio virgen y fértil signado por la esperanza, en este hito especial de la historia universitaria de Cuyo quiero expresar la emoción del ex-alumno, y también el pensamiento del Ministro de Educación y Justicia de la Nación, miembro del gobierno de la unidad nacional y de la reconstrucción argentina del Presidente Carlos Saúl Menem.

La crisis nacional

El país está viviendo dificultades particularmente graves, muchas de ellas sin antecedentes, tanto en su dimensión como en su profundidad. Los problemas pendientes son de tal índole y diversidad que para alcanzar una comprensión válida y completa de la realidad, aparece como imprescindible ubicarse en una perspectiva amplia y desplegar una visión abarcativa de todas las facetas y los perfiles involucrados en la *crisis argentina, visceral e inédita*.

Es necesario otear el panorama total, no quedarse ni conformarse con enfoques parciales, ni tampoco en el plano de las cuestiones específicas, como si se dieran aisladamente. Se trata de no atribuirle prevalencia absoluta o casi absoluta, a un problema o a un factor sobre todos los demás. Importa considerar el conjunto de los problemas del país e incluir en la mirada y en la reflexión todas y cada una de las grandes cuestiones nacionales. Simplemente porque la crisis es *global y compleja*.

A pesar de ser tan hondo y extendido el deterioro que sufrió el aparato productivo del país y tan devastadora la agresión infringida a la industria nacional, no puede admitirse, sin embargo, que este drama llene todo el escenario y que,

a la vez, no operen también otros datos de la realidad, tan adversos y tan relevantes como los económicos. La situación social es patética; la pobreza ha penetrado en muy vastos sectores de la población y se expresa con índices alarmantes en todos los ámbitos de la vida argentina.

Se trata de una *crisis estructural*. Están agotadas las estructuras del país subdesarrollado, centralista y dependiente. Las formas sociales y culturales que se corresponden con ese modelo también están agotadas; terminaron marchitándose y hoy muestran el desteñido rostro del atraso y de la pérdida de identidad. Ese país —el del pasado sobreviviente— dio a su turno todo lo que podía dar. Ya no puede dar más. Debe hacer su tránsito hacia un horizonte distinto.

Los desafíos que se enfrentan

La sociedad argentina tiene que asumir la responsabilidad de su futuro y decidirse, en consecuencia, a trabajar por la transformación profunda de las estructuras nacionales. Debemos caminar necesaria y perentoriamente desde lo que fuimos y desde lo que somos —en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo político— a lo que debemos ser: *un país soberano y una sociedad justa y plenamente desarrollada*. Por cierto que dentro del marco del sistema político democrático y con el pleno ejercicio del pluralismo ideológico y cultural. No se podrán alcanzar metas ambiciosas con paliativos ni remiendos, ni tampoco con ajustes o reajustes superficiales: son imprescindibles cambios estructurales, de fondo, que nos permitan superar para siempre la Argentina de la pobreza, del subdesarrollo y la dependencia.

En esta línea, *la política de la revolución productiva para la justicia social y el desarrollo nacional propuesta por el Presidente Menem*, apunta a profundas transformaciones cualitativas. No se trata sólo de que crezca el producto bruto, de que se multiplique por 10, por 100 o por 1.000 la producción del trigo y de la carne, y dispongamos en consecuencia, de más producción primaria para exportar y para realizar el intercambio. Seguiremos en desventaja si no modificamos la condición estructural de país subdesarrollado. Los países industriales continuarán determinando los precios, marcando el rumbo en las grandes cuestiones de la economía mundial, influyendo decisivamente a nivel político y en los ámbitos de la

cultura. En un mundo que se transforma con vertiginoso dinamismo, la inercia y la parálisis nacional resultan verdaderamente injustificables.

Esos países industriales, modernos, prósperos, autosuficientes en flancos claves de sus necesidades y expectativas sociales —o con recursos económicos para satisfacerlas— son protagonistas de la avanzada científica tecnológica y del progreso cultural de nuestro tiempo; países que han sabido construirse un destino de punta y mantenerse en la vanguardia del cambio planetario.

A estas metas debemos llegar. En el horizonte están —deben estar— *el país nuevo y la sociedad moderna*. Tenemos que industrializar la Argentina por los cuatro flancos, levantar fábricas y crear trabajo en toda la geografía nacional, transformar nosotros las materias primas, apoyar con máquinas modernas y tecnología de avanzada la actividad agraria, vender productos con creciente valor agregado y promover las grandes inversiones en los sectores estratégicamente prioritarios del desarrollo. Debemos incorporar la cultura del trabajo, incentivar el dinamismo, la participación y la creatividad de la sociedad completa, de los hombres y las mujeres del país que movilizados por una sólida fe en el destino común comprendan y asuman su protagonismo en la empresa histórica de realizar la Nación. En esta tarea nada ni nadie debe quedar ausente; obviamente, tampoco la educación, ni ninguno de sus actores. Más aún, diríamos que la educación y la cultura pueden y deben ser motores fundamentales de esa revolución productiva.

Las actividades y los “productos” de la educación, la ciencia, la tecnología y la cultura deben formar parte de la política general, acorde y en coherencia con los objetivos socio-económicos de la defensa y la soberanía, del pluralismo democrático y de la integración nacional; no más *la isla pedagógica*, la ciencia “pura”, en el encierro del laboratorio, la cultura de la estratósfera, lejos de la gente y de los problemas concretos. Se trata, por el contrario, de servir eficaz y fecundamente a los mismos fines, de brindar la generosa contribución de un protagonismo plural, armónico y creativo, para alcanzar las grandes metas nacionales y, a la vez, formas crecientes de compromiso con nuestros hermanos latinoamericanos, con los que compartimos una misma geografía y un mismo ancestro cultural.

Proyecto nacional y proyecto educativo

El país ha iniciado una nueva etapa de su historia contemporánea y los argentinos han demostrado su voluntad de transitar pacíficamente los carriles de las instituciones democráticas de una manera firme y definitiva.

La transición hacia la consolidación de esos ideales no oculta los signos de una profunda *crisis de la condición nacional* que ha llegado hasta las fronteras de la disolución y el caos. Somos testigos y protagonistas de un país que sufre la situación más dramática de su historia, en todas las facetas de la realidad: en lo social, en lo económico, en lo cultural y, sobre todo, en el delicado plano de los valores morales. No hay sector de la realidad que no se vea envuelto y penetrado por sus elementos desintegradores. Pusimos demasiada pasión en acciones encaminadas a la desunión de los argentinos y el país sufrió las consecuencias de decisiones políticas —impregnadas de ideologismo— que condujeron al empobrecimiento de la base espiritual y material de la Nación.

El Gobierno del Presidente Menem ha demostrado su firme voluntad de enfrentar la crisis e iniciar el camino de la recuperación nacional. Su proyecto político, orientado a concretar plenamente el destino del país, se cimienta sobre la necesidad de unir a los argentinos y revertir el proceso que nos mantiene en el atraso y la decadencia, incorporando las herramientas dinamizadoras de *la revolución productiva para promover la justicia social y el bienestar de la Nación*. Dijo el Dr. Menem: "Se terminó el país del «todos contra todos». Comienza el país del «todos junto a todos»..." con lo que afirma su vocación por la unidad nacional. Ha expresado también el Presidente: "La revolución productiva... tiene un corazón, una idea central, una esencia: terminar con una Argentina a la cual le está prohibido trabajar"... "Sin ese cambio íntimo y decisivo no hay revolución posible. No hay futuro posible. No hay progreso posible".

El rumbo está marcado. Sólo necesitamos ponernos en marcha, ya que todos los sectores han sido convocados para la empresa de la reconstrucción y, naturalmente, el universo educativo, con un papel relevante en el desarrollo del proyecto nacional.

De acuerdo con los lineamientos fijados, el sistema educativo deberá incluir en sus objetivos básicos y en sus experiencias de capacitación y formación, la idea central de que en la

Argentina de hoy se debe educar para el logro de la unidad nacional y para los requerimientos concretos de la revolución productiva, el desarrollo integral del país, el afianzamiento de la justicia social y la consolidación de los ideales democráticos. Las reflexiones y las acciones de los educadores en todos los niveles del sistema deberán promover la cultura del trabajo y la producción, fortalecer la soberanía y la autodeterminación nacional, preservar y potenciar la dignidad de nuestro pueblo e impulsar el mejoramiento de vida de los argentinos.

Universidad y sociedad nacional

En el sistema educativo argentino, la universidad ocupa un lugar de excepcional importancia, a tal punto que en diversas etapas de la vida nacional cubrió, casi con exclusividad, el escenario de la educación y sólo sus conflictos fueron considerados de significación especial y de atención urgente. Lo habitual fue que los demás niveles y modalidades educativas resultaran postergados; prioritariamente debía asumirse la cuestión universitaria. No era por cierto lo más adecuado, ni lo más justo; pero así ocurrió.

De todos modos y al margen de exageraciones y exclusiones, *la universidad es una parte fundamental del sistema educativo y una herramienta decisiva para el proceso de transformación nacional.* Tiene que ver con los más altos grados de la ciencia y la cultura, en ella se genera y desarrolla la investigación científica, se logran los más jerarquizados niveles del conocimiento y se despliegan las múltiples posibilidades del talento para alcanzar las fronteras del saber y la creación. Y también tiene que ver con conocimientos concretos dirigidos a resolver necesidades y expectativas de la comunidad. Es decir, en su particular marco espacio-temporal, la universidad ha de brindar la contribución de la inteligencia, las habilidades y las destrezas que en su seno se desarrollan. Tiene que hacerlo con los hombres y mujeres más calificados y eficientes, justamente en un tiempo histórico en el que la plena realización de los pueblos está atada, como nunca antes, a la información y los conocimientos, al talento de los que organizan y dirigen, a las aptitudes profesionales y laborales y a la cultura de la sociedad.

A su vez, toda universidad nace en el seno de la sociedad nacional a la que sirve, se nutre de ella y se orienta en función de sus objetivos y de su destino. En consecuencia, la universi-

dad contiene las virtudes y los logros de la sociedad, así como sus crisis y sus frustraciones crónicas. En el momento presente de la sociedad argentina puede y debe transformarse, asumir su rol fundamental y contribuir con su aporte decisivo. Se dan las condiciones históricas necesarias, se ha madurado suficientemente y resulta de toda evidencia que la universidad debe ser aliada y protagonista de la empresa común: en el pueblo y con el pueblo para realizar la revolución productiva, la justicia social y el desarrollo nacional.

Universidad y sistema educativo

El sistema educativo adolece de problemas graves y de distorsiones profundas que claman soluciones perentorias. Desde hace varias décadas, los estudiosos del área, los docentes y la opinión pública insisten en señalar como una de las cuestiones críticas más relevantes la desarticulación del sistema, el funcionamiento de los niveles y las modalidades como "compartimientos estancos". Esto se percibe claramente cuando se observa la relación actualmente vigente entre la universidad y el resto de la actividad educativa: las reformas del nivel medio se diseñan sin consultar a los estamentos universitarios; del mismo modo, el diseño de las estructuras académicas universitarias o sus regímenes de ingreso, se proyectan sin tomar en consideración el nivel medio o el superior no universitario.

En el marco de la transformación educativa que esperamos llevar a cabo entre todos, resulta esencial que *la universidad se asuma en plenitud como tercer nivel del sistema y se articule efectivamente con el resto en todos sus niveles y modalidades*. La calidad y el rigor de la formación científica en la universidad dependerá, en gran medida, de que dicha formación se inicie en el jardín de infantes y se extienda en los niveles primario y medio. De igual manera ocurre con la formación en ciencias sociales, en disciplinas estéticas, y en los hábitos y aptitudes de estudio. La universidad debe corolar, un sistema integrado y no funcionar desentendida de él.

El desafío conjunto de la transformación educativa también abarca a la Universidad. No es concebible diseñar reformas en otros niveles de enseñanza sin la participación calificada de la universidad, de sus docentes e investigadores, como tampoco es posible imaginar cambios en las estructuras universitarias sin la cooperación de representantes y especialistas de los otros niveles y modalidades.

El nivel medio presenta una grave obsolescencia científica, tecnológica y cultural, y su transformación y mejoramiento se constituye en una exigencia impostergable. Para su reforma debemos trabajar conjuntamente con el replanteamiento del nivel superior, tanto el universitario como el no universitario, ya que la renovación del secundario permitirá resolver los problemas inherentes a su propio funcionamiento y también los que se le presentan a los estudiantes en relación con su ingreso a la universidad y el desarrollo exitoso de los estudios superiores.

Las estructuras universitarias deberán tener estrecha articulación con el resto de la educación superior y superar por esta vía el divorcio que existe entre la educación universitaria y la no universitaria. La diversificación de la educación superior permitirá atender más eficientemente los requerimientos de la revolución productiva y de las necesidades regionales y nacionales. Esta multiplicidad de opciones y de oportunidades debe comprender ofertas universitarias y no universitarias, carreras largas, intermedias y cortas, modalidades presenciales y a distancia, estudios de carácter permanente y otros a término. Es necesario plantear una diversificación que garantice un acceso abierto, en función de las posibilidades e intereses de cada estudiante y en estrecha articulación con los requerimientos del desarrollo nacional y de cada una de las regiones del país.

A su vez, la vida y la organización académicas deberán facilitar no sólo el ingreso, sino también, la permanencia y el egreso. La discusión por separado de estos tres aspectos inescindibles del sistema universitario desemboca inexorablemente en debates estériles y callejones sin salida. De los 750.000 estudiantes que actualmente asisten a las universidades nacionales sólo se recibe el 14 % y de los 30.000 universitarios que egresan por año, la sexta parte —5000— trabajarán en la especialidad para la que fueron formados. Estas cifras son lo suficientemente elocuentes como para asumir la gravedad del problema y la impostergable necesidad de darle una solución adecuada.

La creciente complejidad de la ciencia y la tecnología exigen, asimismo, plantear el desarrollo armónico de los estudios de post-grado. Este nivel cuaternario debe proyectarse con el mayor rigor científico y diseñarse como un nuevo horizonte del sistema educativo relacionado estrechamente con los anteriores. Deberá ubicarse en los polos estratégicos del desarrollo y pensarse en función de las necesidades del país y de cada región.

Estos lineamientos para *una universidad integrada al país y al sistema educativo* en su conjunto requieren que la planificación abarque, en forma participativa y concertada, todos los niveles y modalidades. De ahí la necesidad de articular, en un solo proceso la planificación universitaria con la del resto de la educación.

Por otra parte, el diseño de las nuevas estructuras académicas y sus contenidos deben ser responsabilidad no sólo de los estamentos universitarios, sino también del resto de la comunidad educativa y de la sociedad en su conjunto. Es esta la *otra gran inserción que se reclama de la universidad moderna: su plena integración en la comunidad.*

En consecuencia, la ley de educación que el país espera y necesita y que nos proponemos elaborar entre todos deberá integrar y abarcar a la universidad como parte inseparable de la educación nacional. Para esta tarea impostergable convocamos, naturalmente, a las universidades y al talento de su gente.

Universidad y producción

El pasaje de una economía especulativa a una economía de producción, de una economía estancada a una economía de crecimiento, exigirá aunar solidariamente todos los esfuerzos. Los actores de la educación superior han sido, en muchos casos, formados en la idea de que tienen escasa incidencia en la economía y en la generación de nuevos empleos. Debemos intentar un viraje fundamental de la *universidad* para convertirla en *agente de desarrollo*, sin descuidar los valores de la formación humana, la enseñanza y la investigación. Estos son, en efecto, los objetivos que atribuimos a la universidad en tanto institución, y para lograrlos es necesario reacomodar hoy toda su estructura.

Lo que proponemos no es utópico ni ilusorio. Tenemos un repertorio suficientemente amplio de experiencias internacionales desde el siglo XIX, como para decir que la "revolución productiva" a través de la ciencia y la educación, es un "leit motiv" de los países industrializados desde hace más de cien años. En nuestro país podemos encontrar innumerables experiencias que abonan este planteamiento y que deben ser aprovechadas y extendidas.

Los estudios realizados en los países occidentales con alto grado de industrialización, muestran que la educación y la innovación científica inciden entre el 20 y el 40 % en el índice de crecimiento anual de la economía. Partiendo de esta pauta se afirma que por cada 100 millones de dólares que se invierten en educación superior se debería obtener un beneficio de, por lo menos, el doble en una década. Pero esto no ocurre en nuestro país. Por el contrario, se pierden recursos humanos y posibilidades de desarrollo económico y social.

La universidad y la actividad científica insumen más de 500 millones de dólares anuales. Sin embargo, sólo un mínimo porcentaje de los científicos y universitarios están ligados a la producción. La escasa inserción de las universidades en la transformación de la sociedad y la economía, la decadencia y el estancamiento de la producción nacional, hacen que muchos graduados no encuentren salidas laborales o queden confinados al subempleo. Por otra parte, se cuentan por decenas de miles los técnicos, profesionales y personas con educación superior emigrados. Se calcula, en términos globales, que esto representa para el país una pérdida de 2.000 millones de dólares: es decir, cuatro años de trabajo de todo el sistema universitario nacional.

De este modo se trabaja, indudablemente, para el subdesarrollo. Raúl Prebisch denominaba este proceso "el subdesarrollo voluntario" que, además, resulta cada vez más caro. Se amplía el sistema de educación superior y se invierte más para jóvenes cuyo destino profesional no se ha previsto. Esto significa una condena para el futuro de la juventud.

En realidad, dentro del modelo vigente hay poco futuro para la juventud. Actualmente la educación superior —universitaria y no universitaria— cuenta con cerca de un millón de estudiantes aproximadamente. De acuerdo con las tendencias actuales serán alrededor del millón y medio en cinco años. Todo este inmenso proletariado —que ya es más grande que el proletariado industrial— tiene pocas perspectivas de trabajo y realización personal si no se impulsa vigorosamente la política de la revolución productiva para el desarrollo integral del país.

La implementación de esta propuesta reviste variadas modalidades. Todas las universidades pueden asociarse con organismos del Estado y con empresas para abordar proyectos de innovación tecnológica, de modernización o de producción.

Esto implica concebir sectores de la universidad como "unidades de producción", como verdaderas empresas al servicio del interés nacional. Paralelamente se podrían crear "unidades de servicio" para satisfacer necesidades de la población. Esto se ha ensayado, en pequeña y mediana escala, en distintas instituciones de altos estudios de nuestro país. Se torna necesario continuar y profundizar esta tendencia para trabajar en proyectos regionales, nacionales e internacionales, particularmente con países hermanos de América Latina.

Los caminos son múltiples. No debemos caer en el riesgo de planificar de manera rígida ni excluyente posibilidades que serán viables. Las interacciones pueden involucrar actores tan distintos como los estados provinciales, las comunidades indígenas, los pequeños agricultores, la gran industria, los sindicatos o las comunas. La cuestión es movilizar los recursos y las posibilidades de cooperación con el objetivo de promover el crecimiento y de lograr el bienestar de nuestro pueblo.

Con esta estrategia es posible prever tres tipos de impacto: Primero, sobre *el crecimiento económico*.

Si el agro, la industria y el Estado se encuentran respaldados por una acción tecnológica congruente, aumentarán su productividad.

El segundo tipo de impacto es *institucional*: un conjunto de interacciones cooperativas ayudará a consolidar el Estado y a integrar la sociedad.

El tercer impacto se relaciona con *el empleo*. Al movilizar productivamente sus recursos, las universidades crearán nuevas oportunidades para los futuros graduados y sus científicos. Cada proyecto de transferencia hacia el medio genera nuevas posibilidades ocupacionales a corto, mediano y largo plazo.

La revolución productiva para el desarrollo integral del país exige repensar la preparación de los profesionales, científicos y técnicos y crear aptitudes para el cambio y la transformación socioeconómica. Será preciso convertir la educación superior en un agente de producción de la comunidad para que sea posible detener y superar la decadencia que padece el país. *Desde las aulas también se puede producir y en muchos sentidos.*

La nueva universidad

El proceso transformador de la universidad que se propone necesita, obviamente, de sus actores tradicionales: docentes, graduados y estudiantes, pero no puede ni debe agotarse en su propio ámbito porque se haría evidente la ausencia de la savia —vigorosa y fecunda— de la participación comunitaria.

Pretender una universidad aislada —sólo de los universitarios— plantearía un dilema falso y engañoso. Se estaría encerrando a la universidad en su isla y convirtiéndola en patrimonio exclusivo y excluyente de los universitarios, al margen de la sociedad que le da sustento y del país al que se debe.

El ideal de la participación y la corresponsabilidad en el horizonte de la trilogía integrada por profesores, estudiantes y egresados, nutrida con la alternativa de los no docentes, no se agota —no debiera agotarse— en la cuestión formal del gobierno universitario, ni tampoco en la de la distribución del peso político que pudiera corresponderle a cada uno de los estamentos.

Justamente en un proceso signado por las incesantes transformaciones, por la dinámica del cambio y por el desafío de la revolución productiva, de la justicia social y el desarrollo, el gobierno tripartito, en su versión tradicional, puede aparecer como la forma más “avanzada” del método democrático, dentro de la isla académica para conducir la universidad, pero no ser el sistema más correlacionado y apto para la visión amplia, comprensiva y dinámica de la realidad y de la problemática del país y de la sociedad nacional. Puede no ir más allá de su supuesto mérito formal y quedarse ahí, siguiendo y consolidando el *statu quo*, sin actitud disponible para los nuevos compromisos históricos, ni la actitud requerida para producir mutaciones fundamentales. En este sentido hay reiterados testimonios en la experiencia argentina de las últimas décadas.

De todos modos, lo dicho no implica negar la posibilidad y la necesidad del protagonismo docente, de los estudiantes y de los egresados en las grandes cuestiones de la universidad. Por el contrario, se trata de incluirlos en una dimensión más abierta y enriquecida del concepto de participación y corresponsabilidad universitaria, de convocarlos a un desafío mayor, el de compartir ideales, intereses y decisiones con otros actores, los que expresan a la sociedad completa, a los sectores de la comunidad comprometidos con los grandes objetivos de

la revolución productiva, la cultura del trabajo, la justicia social y la liberación nacional. Semejante a los problemas del país: *la tarea de todos hacia metas de interés común.*

En efecto, crisis como la que se vive en Argentina de hoy exige la apertura del espectro de *un protagonismo plural.* No es tarea de unos pocos ni puede creerse que este partido político o el otro, que aquel sector social o el de más allá, sólo y excluyentemente, han de ser los aptos y los válidos para el complejo designio de la reconstrucción. Se necesita el hombro, el talento y la creatividad de todos.

En el marco de la actual política nacional, alentamos la esperanza de una universidad cada vez más abierta, más poblada, más atada a su contingencia histórica y a sus deberes para con el país; incluso una universidad crecientemente crítica y problematizadora. No es la universidad del medioevo, ni en nuestro país la de 1918, ni la de la década oligárquica del 30. La de hoy es, evidentemente, una universidad más compleja y difícil, con demandas sociales, tecnológicas y culturales nuevas y múltiples, constantemente actualizadas y ubicadas, cada vez más, en alto rango político, como que el rol de la universidad se ha convertido así en uno de los grandes temas de la política de nuestro tiempo.

En consecuencia, la cuestión universitaria le compete a la comunidad entera. Habrá que crear nuevos mecanismos institucionales para la inserción de las representaciones sociales y de las estructuras políticas federales en la organización y el funcionamiento de la universidad. Seguramente que será necesario volcar una pizca de imaginación y audacia, pero sin sacar nunca los pies de la tierra. La originalidad de las instituciones, de la participación y la corresponsabilidad comunitaria no deben ser incompatibles respecto de las tradiciones y las realidades actuales de la universidad, ni tornar en ideales utópicos los propósitos innovadores. Se trata de avanzar y profundizar a partir de lo vivido y experimentado.

La legislación deberá deslindar competencias y responsabilidades, radios de acción, planos y dimensiones de la pertinencia de todos y cada uno de los representantes comunitarios. Y hacerlo de modo tal que los nuevos mecanismos armonicen con las instituciones convencionales del sistema político. Mas aún: deberán nutrirse mutuamente. En este sentido habrá que definir lo correspondiente al ámbito de la política universitaria, al del planeamiento y al de la gestión académica y administrativa. Aquí es donde se requerirá mayor aporte creativo

y un más denso tiempo de reflexión. Es decir: medida, contenido, frecuencia, operatividad y dinamismo de la participación y la corresponsabilidad de este, el otro y todos los sectores sociales en la vida de la universidad.

Queda planteado así el desafío. Cabe a la universidad asumir misiones y trabajos de importancia decisiva en la adversa realidad de un país que debe salir de la crisis más grave de su historia y en la alternativa de alcanzar los grandes objetivos nacionales por la vía de la revolución productiva y del desarrollo científico, tecnológico y cultural. El desafío consiste en traducir el pensamiento en organización y hacerla funcionar eficaz y creativamente.

Planificación universitaria

En este cuadro de referencias que venimos planteando, la universidad se abre a horizontes nuevos. Tendrá que cumplir tareas referidas concretamente a la realidad social, el aparato productivo, la transformación de la estructura económica y la cultura nacional. La universidad tendrá que penetrar en la sociedad y la sociedad impregnar el ámbito de la universidad.

Seguramente en el tránsito irán diversificándose las funciones e integrándose nuevos agentes. La oferta de investigaciones y estudios tendrá cada vez menos relación con el pasado y más sugerente apertura hacia la innovación constante y el requerimiento inédito.

Se trata de prever acciones, racionalizar tareas y optimizar resultados. La *planificación universitaria* se constituirá en un instrumento político-técnico necesario, acorde y coherente con respecto al planeamiento del desarrollo socioeconómico y educativo del país. Para ello deberán plantearse *metas amplias y un interjuego polivalente y dinámico de demandas y respuestas*. Las aptitudes cultivadas en áreas de especialización habrán de enriquecerse crecientemente con panoramas científicos, tecnológicos y culturales más vastos y profundos. Las nuevas carreras —que representarán no menos del 70 % de la oferta universitaria de los países industriales en el año 2000— implican habilidades, destrezas y conocimientos técnicos renovados y contruidos sobre plataformas culturales amplias y sólidas. Progresivamente se arribará a la eliminación del hiato entre ciencia, técnica y cultura. Tendrá que compatibilizarse la existencia y el funcionamiento de un sistema universitario cada vez más

abierto y con población constantemente creciente, con la necesidad de asegurar bolsones de excelencia en puntos estratégicos, de modo que pueda respaldarse la acción general con los más altos logros de la investigación y los mejores niveles del progreso científico y cultural.

Para esta gran tarea será requerible *la participación y la responsabilidad de todos los sectores involucrados en la nueva versión de la universidad*. Por cierto que serán protagonistas importantes los habitantes convencionales del territorio universitario. Pero no sólo ellos.

En un país de las dimensiones del nuestro, con regiones diversas y de régimen federal, ¿puede prolongarse la ausencia de los organismos interprovinciales, y de las provincias mismas, en la programación de actividades de las universidades ubicadas en sus respectivos territorios? ¿Puede seguir descomprometida la universidad respecto a su contorno inmediato —la región, la provincia, la localidad— y no trabar lazos institucionales con los responsables de los proyectos, la planificación y la decisión política en esos órdenes jurisdiccionales?

Los polos de desarrollo, las obras de infraestructura, las industrias de base, la diversificación y calificación de la producción agraria, la experimentación y el perfeccionamiento docente, los edificios escolares y los hospitales, la salud pública, la vivienda popular, la creación artística y la extensión cultural son temas que les competen por igual a las universidades y a los organismos y las instituciones locales. En consecuencia, debe darse hoy una inédita dimensión de la participación que los involucre, de tal modo que resulte una relación permanentemente fluida y, sin duda, mutuamente enriquecedora.

El sistema universitario nacional

El nivel de madurez política alcanzado por el país permite incursionar sobre terrenos inexplorados, disipar prejuicios y diseñar nuevas estructuras que avancen hacia la construcción de un sistema universitario inédito, *que una sin borrar las diferencias y que integre sin lesionar las individualidades*.

Quizás hubo en el pasado un énfasis excesivo en lo específicamente institucional de cada universidad y faltó la necesaria articulación entre ellas para constituir un subsistema dentro del sistema educativo nacional. Esta situación, que convirtió muchas veces a cada institución en un compartimiento estanco, también

se registró en otros niveles y modalidades y entre las distintas jurisdicciones que comparten la responsabilidad de prestación del servicio educativo.

De ahí que uno de los lineamientos principales de nuestra propuesta educativa sea de trabajar entre todos para lograr un sistema educativo nacional articulado, concertado, federal y flexible que atienda tanto a los requerimientos nacionales como a las necesidades de cada provincia y de cada región. En esta tarea de construcción conjunta esperamos, naturalmente, la valiosa cooperación de los universitarios.

El diseño de este *sistema educativo nacional* requerirá la implementación de un *subsistema universitario* plenamente integrado y articulado, tanto entre las universidades nacionales como entre éstas con las universidades de gestión social y privada, y las provinciales.

En el marco de la autonomía universitaria que el gobierno nacional respetará escrupulosamente, propiciaremos *nuevas formas de integración, de coordinación y de más estrechas relaciones institucionales*. Creemos que el sistema deberá ser apreciado como una unidad y funcionar en consecuencia. El conocimiento recíproco y la sana emulación permitirán elevar el nivel científico y académico, realizar tareas conjuntas que apunten a la formación y al perfeccionamiento de los docentes, al intercambio de profesores y estudiantes y a la investigación científica y tecnológica de largo alcance. Las posibilidades de concertación son múltiples y diversas. En este sentido, la tradición de Occidente ofrece ejemplos de experiencias fecundas y enriquecedoras.

Hasta aquí las definiciones iniciales y el esbozo de lo que debiera ser el *sistema universitario o subsistema dentro del sistema educativo*. Concebimos universidades integradas entre sí, trabajando por el país y la sociedad nacional, donde se desplieguen las auténticas vocaciones, la seriedad y las severas autoexigencias de los que estudian, el rigor, la permanente actualización y actitud de entrega de los que enseñan y de los que investigan y en todos los ámbitos la libre iniciativa y la creatividad, dentro de una Argentina unida, victoriosa en el desafío de la revolución productiva, próspera y feliz, dignificada en todos los intersticios de su comunidad a través de la justicia social, sólida y erguida en su independencia y en su soberanía, desplegada hacia sus entrañas y hacia el mundo con el mensaje y los testimonios de su cultura nacional.

Que este modesto aporte a las deliberaciones resulte útil y motivador de ideas y de propuestas valiosas; tanto cuando se pueden verificar coincidencias, como cuando deben señalarse disensos. No propiciamos ni deseamos la unanimidad resignada ni el sometimiento a fórmulas rígidas ni absolutas. Necesitamos las contribuciones lúcidas, el espíritu crítico y el espectro abierto. *No tenemos toda la verdad en nuestras manos, ni la historia comienza con nosotros.* La universidad le pertenece a todos los argentinos y su misión está atada al destino de la Nación.

MENDOZA, 9 de agosto de 1989.

- 4. Discurso del Sr. Presidente de la Nación
Dr. Carlos Saúl MENEM, pronunciado en la
ciudad de Rosario, el día 30 de octubre
de 1989.**

REPATRIACION

DE LOS RESTOS DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

Hermanas y hermanos de mi patria, queridos niños: yo, Carlos Saúl Menem, quiero hablar con todos y cada uno de los argentinos. A cada uno de mis compatriotas, a cada mujer, a cada hombre de esta bendita tierra les quiero dirigir estas palabras al corazón y a la conciencia. Mano a mano, sin demagogia, sin hipocresía, sin doble discurso, sin segundas intenciones, sin mentiras. No deseo tan sólo hablarles como presidente de la República; no quiero dirigirme a ustedes simplemente como gobernante ni tan siquiera, como político, les quiero hablar como un hermano más, como un argentino más, como un hombre que sufre, sueña, trabaja y espera todo de esta Nación.

A cada obrero, a cada empresario, a cada estudiante, a cada intelectual, a cada dirigente, a cada profesional, a cada ciudadano le quiero hacer una pregunta. Una pregunta clave, una pregunta inexcusable, una pregunta vital para nuestro pueblo y para nuestro futuro: ¿Es posible construir una patria sobre el odio entre hermanos? Lo repito: ¿Es posible construir una verdadera patria sobre el odio entre hermanos? ¿Es posible la Argentina si continuamos desgarrándonos sobre nuestras viejas heridas? ¿Es posible una nueva y gloriosa nación si continuamos alentando odios, recelos y sospechas entre compatriotas? ¿Es posible levantar un país en serio sobre los falsos pilares de la discordia, de la desunión y la lucha fratricida?

Porque creo en mi pueblo, porque conozco palmo a palmo su pensamiento y su sentimiento; porque tengo un oído puesto en sus más íntimas convicciones sé que la respuesta es una y sólo una. La respuesta es no.

No se puede construir una verdadera patria sobre el odio entre los hermanos.

Sé que el clamor de este tiempo es no; no a la revancha, no a la división, no al resentimiento, no al sectarismo, no a la ceguera ideologizada, no a la soberbia de creerse dueño de

toda la verdad, no a la intolerancia, no al veneno de seguir agitando nuestros viejos errores, no al fantasma de reanimar nuestros tristes desencuentros.

Y, al decir no, el pueblo argentino también está diciendo sí; sí a la valentía de perdonar agravios, sí al coraje de pacificar los espíritus, sí al valor de sepultar los odios, sí a la honestidad de reconocer los desaciertos. En definitiva, sí a la posibilidad de poner en marcha una Argentina mejor.

Por eso, en este acto verdaderamente simbólico de un nuevo tiempo, no es mi intención hablar tan sólo de la historia, no vengo a contarles el pasado de un país que pudo haber sido y no es, no deseo encender viejas polémicas, no impulso desempolvar antiguas luchas ni tampoco pretendo que recordemos a nuestros antepasados desde el altar de la frustración.

Prefiero, en cambio, que pensemos en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos. Esa es la mejor manera de estudiar la historia, de contar la historia, de vivir la historia y, fundamentalmente, esta es la más hermosa manera de escribir una historia más grande y más justa. Porque la historia no solamente vive en los libros, en los sagrados laureles o en la memoria de todos nosotros, la historia es también una página en blanco que todavía no escribimos desde nuestro propio presente.

También es un sueño nuevo, el que aún no concretamos y que estamos soñando con rumbo a nuestro futuro. La historia también es desafío, reto, incentivo, energía y motor para levantar ladrillo tras ladrillo. Una Argentina de todos y para todos.

Por eso, al darle la bienvenida al Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, también estamos despidiendo a un país viejo, malgastado, anacrónico, absurdo.

Le estamos diciendo adiós al país del fracaso, de los mitos, de las falsas ilusiones. Estamos proclamando que ya no hay más tiempo ni lugar para el país donde fue motivo de muerte y persecución el pensar distinto, el creer diferente, el imaginar nuestro porvenir desde otra idea, porque la historia tiene que ser una auténtica maestra de vida. Queremos inaugurar el tiempo de la gran síntesis entre todos los argentinos sin ningún tipo de exclusión.

No se trata de que todos pensemos igual, no se trata de que alguien renuncie o tergiversar sus creencias políticas, no se trata de lograr la unidad a palos o superficialmente.

Nada de eso, aspiramos a una auténtica y genuina unidad nacional. Unidad en la diversidad, unidad en el disenso, unidad

en el debate constructivo. Aún más, unidad en la crítica apasionada. A mí no me preocupa la pasión por ver nacer una patria nueva, lo que me preocupa es la furia por pretender anclarnos sobre un país viejo y es justamente esa pasión genuina la que venimos a rescatar hoy, en la figura de don Juan Manuel de Rosas.

Una pasión la del Brigadier General don Juan Manuel de Rosas que vivió y luchó con los ojos puestos en nuestra tierra. Una pasión vital para defender nuestra soberanía y nuestra identidad como pueblo. Una pasión que, por fin, merece descansar en su suelo, en sus raíces, en su hogar amado.

No sería del todo justo hablar de don Juan Manuel a través de las voces de sus amigos, de sus seguidores, de sus simpatizantes. No sería del todo ecuaníme referirnos a él desde las perspectivas de quienes lo admiraron o compartieron sus luchas y sus ideales. Es preferible recordarlo desde aquellos que lo combatieron, desde quienes se ubicaron en la vereda de enfrente.

Alguna vez, Juan Bautista Alberdi, quizás el primer revisionista de la historia, dijo: "Considerado filosóficamente, no es Rosas un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón de su pueblo".

Fue don Domingo Faustino Sarmiento el autor de la siguiente reflexión: "Rosas era la expresión de la voluntad del pueblo. No todo era terror, no todo era superchería. Entusiasmo, verdadero entusiasmo era el de millares de hombres que lo proclamaban uno de los más grandes americanos". Palabras de Sarmiento.

Fue nada más ni nada más quien lo derrocó, el general Urquiza, el encargado de señalar: "Nadie olvida la consideración que a sus servicios se le deben y que soy el primero en reconocer. Servicios cuya gloria nadie puede arrebatarse y son los que se refieren a la energía con que siempre sostuvo los derechos de la soberanía y de la Independencia Nacional".

Y fue el propio Padre de la Patria, el General don José de San Martín, quien le legó su sable afirmando que era: "Una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver con la firmeza con que ha sostenido el honor de la República, contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".

Si nuestros antepasados fueron capaces de sobreponerse a las diferencias y reconocer estos valores más allá de las distintas ideologías, ¿cómo no vamos a ser capaces nosotros, los argentinos de hoy, de transformar nuestra historia común en una impulsora de cambios y de progresos? ¿Cómo no vamos a convertirla en una fuente de unión para que deje de ser una pared de división y de desencuentros?

Como en San Martín, como en Belgrano, como en Sarmiento, como en Alberdi, como en Mitre, como en Roca, como en Pellegrini, como en Lisandro de la Torre, como en Yrigoyen y como en Perón, existió en Rosas ese impulso de la pasión por la Patria.

Esa llama inextinguible puesta al servicio de la construcción de nuestra identidad. Este es el sentido más noble y más genuino que debemos darle a esta bienvenida, a estos honores y a este recibimiento.

Que quede muy en claro que en la unidad nacional nadie está obligado a renunciar a sus ideas ni a su juicio histórico; en la unidad nacional nadie está obligado a claudicar en sus opiniones sobre nuestro pasado.

No queremos la unidad oficialista. No trabajamos para forjar la unidad de los obsecuentes; no ofrecemos lo mejor de nuestra vida por la unidad de los autómatas ni de los títeres ni de los esclavos mentales.

Soñamos con la unidad nacional construida aun sobre nuestras propias discrepancias. Soñamos con un común denominador con un interés nacional que esté por encima de los intereses de grupos, de partidos, de sector, de profesión, de interpretación histórica o de simpatía política. Quiero que mi voz suene con toda la fuerza, con toda la fe, con toda la convicción que tengo. Quien quiera oír, que oiga; quien quiera seguir, que siga; quien quiera construir que construya.

La Patria, por Dios, no termina en una bandería política. La Patria no muere en la puerta de un sindicato, ni de un cuartel, ni de la empresa, ni de la universidad, ni en los despachos oficiales. La Patria no muere en el límite egoísta de nuestros intereses personales o sectarios. La Patria no muere en nuestro capricho ideológico, la Patria late, la Patria espera, la Patria existe, la Patria vive en todos y cada uno de los argentinos. La Patria no es una abstracción ni una simple fecha histórica que recordamos en nuestros aniversarios o efemérides. La Patria es un plebiscito diario, es un esfuerzo cotidiano, es

un constante y permanente acto de amor y de grandeza frente a nuestros hermanos. Por eso nadie, absolutamente nadie tiene el legítimo derecho de continuar frenando nuestro desarrollo en virtud de hechos pretéritos.

Porque la historia no puede ser una pesada carga, un lastre insoportable, un recuerdo doloroso o una opinión mezquina. La historia debe ser una cadena de unión, una cadena más fuerte que la tentación, que la guerra, que la muerte.

Hoy, aquí y ahora, en este mismísimo momento, la principal prueba de madurez que se le pide a nuestro pueblo es justamente ésta: ser capaces de respetar una idea sin necesidad de perseguir a quien piensa distinto.

Los pueblos no comparten un mismo cielo ni pisan una misma tierra por el sólo hecho de estar juntos. Los pueblos viven juntos por algo y para hacer juntos algo. Los pueblos no sólo coexisten para estudiar el pasado sino fundamentalmente existen para compartir un destino, una aventura, una empresa, un ideal, una meta, un horizonte, un ayer. Pero también un hoy y un mañana que sea una señal productiva y provechosa.

Vivir es un camino que siempre debe transitarse hacia adelante, no basta para vivir la resonancia del pasado. Menos todavía, cuando esa resonancia trae ecos de tragedia y de discordia.

Por eso lo repetiré hasta el cansancio. Lo pregonaré a lo largo y ancho de mi Patria. Lo señalaré una y mil veces ante la conciencia de mi pueblo: yo no soy el Presidente de un país partido por mitades; yo no soy el jefe de una familia desunida; yo no soy el administrador de un hogar en desgracia; yo no soy el impostor de una fugaz esperanza ni el demagogo de un próximo desencanto. Soy el Presidente de todos los argentinos, de absolutamente todos los argentinos.

De los que me votaron y de los que no me votaron; de quienes piensan como yo y de quienes piensan distinto; de quienes me critican y de quienes me elogian; de quienes me creen y de quienes todavía dudan; de quienes me siguen y de quienes aún observan a un costado del camino.

Yo, Carlos Menem, soy el presidente de la soberanía nacional, soy el presidente del interés nacional. Si mi bandera fuera tan sólo la bandera de un grupo, me habría transformado en el líder de un nuevo fracaso, en el representante de una fatal frustración.

Hermanas y hermanos, pueblo argentino, no los convoco a la unidad nacional desde proyectos hegemónicos ni de una

actitud soberbia y con aires de superioridad, los convoco a la unidad nacional desde lo mejor de cada uno, con espíritu de grandeza y con enorme esperanza en todos ustedes. Por eso, este no es un acto histórico en el sentido de mirar solamente al pasado; este es un acto histórico porque desde el ayer busca echar raíces en el hoy para crecer rumbo al mañana.

A mí, poco me preocupa el siglo XIX si se trata de sembrar distancias entre los argentinos. A mí, poco me preocupa el siglo XX si la cuestión pasa por quedarnos petrificados frente a las dificultades que impone nuestra crisis.

A mí, lo que me desvela, lo que me moviliza, lo que me alimenta día tras día es el siglo XXI, el siglo de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Es el siglo que debe constituir un nuevo renacimiento en lugar de convertirse en un repetido fracaso. Es el siglo que ya comenzó, que ya nos está mirando, que ya nos está pidiendo una respuesta firme y decidida para estar a la altura de los nuevos tiempos.

Estoy convencido que los argentinos queremos, en serio, hacer algo. Estoy dispuesto a dar mis mejores horas para que los argentinos podamos dejar atrás rencores y celos para entrar en una nueva era, en una auténtica pacificación de profunda reconciliación nacional.

Estoy dispuesto a pagar todos los costos políticos del mundo con tal de que nuevamente nos demos las manos, abramos nuestro corazón y dejemos atrás los resentimientos.

Por eso al recibir los restos y el espíritu de este argentino, el Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, yo también quiero citar los versos de José Hernández como durante el homenaje a don Domingo Faustino Sarmiento.

Hernández un día señaló: "A veces, saber olvidar es también tener memoria".

Desde esa memoria constructiva, desde esa memoria común, levantemos nuestra voz como un clamor, como un acto de fe, como un canto de vida para nosotros y para todos los hombres de buena voluntad. Invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, digamos: "Los hermanos sean unidos, porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera, en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean, los devoran los de afuera".

Muchas gracias, que Dios los bendiga.

Rosario, 30 de setiembre de 1989.

INDICE

Pág.

1 — Presentación	5
2 -- Discurso del Sr. Presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl MENEN, ante la Honorable Asamblea Legislativa	7
3 — Política Educativa, Revolución Productiva y Transformaciones estructurales	27
4 — Universidad inserta en el Sistema Educativo y en la Sociedad Nacional	49
5 — Discurso del Sr. Presidente, Dr. Carlos Saúl MENEM, con motivo de la repatriación de los restos del Brigadier General Don Juan Manuel de ROSAS	69

**Impreso en el mes de noviembre de 1989 en los
Talleres Gráficos del Ministerio de Educación
y Justicia, Directorio 1781, Buenos Aires,
República Argentina.**

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA

Paraguay 1607 - 1er Piso

1062 Capital **Federal** - República Argentina